

Universidad Autónoma de Barcelona

Facultad de Ciencias de la Comunicación

Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad

Tesis doctoral:

Medios y sociedad en Aragón: discursos, construcción de identidad y relaciones de poder.

Alumno: Enrique Guillén Pardos

Director de Tesis: Émili Prado Picó

INDICE

1. INTRODUCCION

2. DEL METODO Y EL CONOCIMIENTO

2.1. Campo de investigación.

2.1.1. Objeto de estudio y marco teórico.

2.1.2. Problemas de una formulación.

2.2. Cuestiones metodológicas.

2.2.1. Metodologías cualitativas y cuantitativas.

2.2.2. Los entrecruces de empirismo y formalismo.

2.2.3. La crisis del objetivismo.

2.2.4. Entre lo inductivo y lo hipotético deductivo.

2.2.5. Los modelos lingüísticos en el análisis cultural y social.

2.3. Objetivos de conocimiento.

2.3.1. Epistemológicos.

2.3.2. Metodológicos.

3. LA REALIDAD COMO DISCURSO.

3.1. Los límites del texto.

3.1.1. Del acontecer al acontecimiento.

3.1.2. Los diálogos textuales.

- 3.2. La producción de sentido.
 - 3.2.1. La enunciación discursiva.
 - 3.2.2. Los procesos de comunicación.

4. EL VALOR SOCIAL DE LA SIGNIFICACIÓN.

4.1. La identidad.

- 4.1.1. Lo aragonés en el centro del conflicto.
 - 4.1.1.1. La historia y el derecho.
 - 4.1.1.2. El silencio lingüístico y educativo.
 - 4.1.1.3. Una cultura de masas integrada.
 - 4.1.1.4. El pragmatismo territorial.
 - 4.1.1.5. Fiesta o reivindicación.
- 4.1.2. De la identidad al nacionalismo.
 - 4.1.2.1. La percepción del otro.
 - 4.1.2.2. La batalla por la nacionalidad.
 - 4.1.2.3. La construcción nacional.

4.2. La hegemonía.

- 4.2.1. Lo español, discurso de poder.
 - 4.2.1.1. Dominio institucional y político.
 - 4.2.1.2. La homogeneización cultural.
 - 4.2.1.3. El baturrismo, espacio de combate.
- 4.2.2. La fuerza de lo global.
- 4.2.3. La lucha por el poder social.

5. LA POSICIÓN DEL OBSERVANTE.

6. CONCLUSIONES.

7. NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA.

7.1. Notas.

7.1.1. Capítulo 2.

7.1.2. Capítulo 3.

7.1.3. Capítulo 4.

7.1.4. Capítulo 5.

7.2. Bibliografía.

7.2.1. Cultura de masas.

7.2.2. Medios de comunicación.

7.2.3. Publicidad y propaganda.

7.2.4. Lenguaje y comunicación.

7.2.5. Identidad y nacionalismo.

7.2.6. Ciencias sociales.

7.3. Otra documentación.

7.3.1. Publicaciones oficiales.

7.3.2. Sondeos de opinión.

7.3.3. Legislación.

7.3.4. Diarios y revistas.

7.3.5. Otras fuentes.

7.4. Anexos.

7.4.1. Encuestas de opinión.

7.4.1.1. ASEP, Junio 1991. J. Díez Nicolás

7.4.1.2. ASEP, Junio, 1992. J. Díez Nicolás.

- 7.4.1.3. Mediatique, Junio,1992. J.L. Malo de Molina.
- 7.4.1.4. Gesplan, Noviembre, 1992. J. L. Ansó Llera.
- 7.4.1.5. Gesplan, Abril, 1993. J.L. Ansó Llera.
- 7.4.1.6. Consultores y Mercado, Abril, 1994. J.L. Ansó Llera.

7.4.2. Titulares de prensa diaria.

- 7.4.2.1. Manifestación 23 Abril de 1992.
- 7.4.2.2. Concentración ante el Congreso.
- 7.4.3.3. Polémica por el Plan Hidrológico Nacional.
- 7.4.2.4. Manifestación 23 Abril de 1993.
- 7.4.2.5. Polémica por el convenio televisivo.
- 7.4.2.6. Moción de censura.

7.4.3. Otros documentos.

1. INTRODUCCIÓN.

Dominada por el espíritu pragmático de la Mass Communication Research, la investigación sobre comunicación social ha prestado escasa atención a los aspectos relacionados con la identidad colectiva o la construcción nacional. Tampoco las diferentes teorías sociológicas han considerado relevante el estudio de los nacionalismos y su problemática social. En su devenir desde la palabra al signo y de este al texto, las disciplinas lingüísticas tampoco se han detenido en las cuestiones ligadas a la producción social de identidad colectiva. La misma lógica que llevó al Welfare State a buscar a través de los sondeos de opinión la información que, como estado interviniente y planificador, necesitaba para tomar decisiones o que determinó la implantación del behaviorismo en el campo de la psicología social y la política ha hecho después que la investigación social y mediológica se haya orientado hacia determinados aspectos de la realidad a costa de obviar otros.

Como la realidad se construye desde la intencionalidad, esa renuncia a cuestiones tan políticas de la cultura y del lenguaje como las relativas a la identidad colectiva y a los nacionalismos reenvía a la acusada dependencia que el tejido investigador de las universidades americanas mantenía con el sistema de poder norteamericano o, lo que es lo mismo, al sometimiento que las instituciones dedicadas a producir conocimiento tienen respecto a la estructura social de poder. La independencia que permite un trabajo de tesis doctoral y la realidad tan cambiante como contradictoria o compleja de esta sociedad global postindustrial invitan, por un lado, a repensar esos métodos y procedimientos analíticos desde el eclecticismo y la voluntad holística y, por otro, a abrir debates sobre esas cuestiones frecuentemente obviadas en el trabajo científico, como sucede con el valor social y político de la significación, o tratadas desde posiciones hegemónicas y tan llenas de prejuicios que urge revisarlas desde perspectivas periféricas, a la manera que sucede en España con los nacionalismos subestatales y sus proyectos de construcción nacional.

Este análisis, por tanto, busca respuestas a cuestiones relativas a la identidad colectiva y a las relaciones de poder que lleva asociadas desde voces habitualmente excluidas de ese debate, como los aragoneses. En ese horizonte, aunque se sitúa en el terreno de la comunicación de masas, esta investigación se sitúa dentro de una tradición cultural que en las primeras décadas de este siglo intentó comprender lo aragonés desde enfoques preferentemente historiográficos y que en las

últimas décadas ha abierto esa reflexión dentro, sobre todo, de enfoques etnológicos y antropológicos. Aunque comparte con aquellos la mirada distante e integrada que propicia la historia y con estos la posibilidad de comprender el sentido de lo social y cultural más allá de lo estrictamente lingüístico verbal, esta propuesta se apoya en un marco teórico y epistemológico bien distinto: Esa apuesta por comprender lo real social desde la comunicación y la cultura hace diferente el objeto de estudio, pero sobre todo las técnicas analíticas y los objetivos de conocimiento. Esta investigación aspira a producir conocimiento científico a partir de una comprensión *lingüística* del acontecer social vivido en Aragón entre el 1 de marzo de 1992 y el 15 de septiembre de 1993: Como análisis discursivo de lo real, esta búsqueda se enmarca en las ciencias sociales y humanas, por lo que comparte con esos precedentes una parte de sus preguntas y de sus perspectivas analíticas. Sin embargo, sustituye la preocupación por el pasado por una mirada exhaustiva sobre el presente. Y, por encima de otras preocupaciones, prima la significación de lo social.

Esta mirada discursiva parte del principio de que el mundo social constituye un conjunto estructurado por símbolos, un sistema de prácticas sociales y culturales, una red interdependiente de procesos de comunicación. En consecuencia, la posibilidad de leer la realidad social como un texto cultural permite analizar y comprender el proceso social conformado en Aragón a lo largo de dieciocho meses como un texto. Ubicada en el denominado *paradigma del significado*, esta investigación mira la doble forma en que aquel se manifiesta: Mediante las relaciones establecidas en el interior del discurso y las que se derivan de ser parte de un proceso histórico concreto. De esa forma aspira a convertir la comprensión discursiva en una crítica social, para lo que tiene en cuenta que la significación se produce desde la comunicación social, pero sobre todo mediante la socialización de los signos. Por ello, al leer la movilización aragonesa alrededor de la autonomía y el agua o la televisión, se atiende a la construcción de lo social que unos y otros locutores llevaron a cabo a través de los discursos, de las propuestas textuales y del intercambio simbólico. Pero, también, se persigue hacer visible el engarce de esta textualidad con el sistema social, en particular con las estructuras de poder y cultura.

Al proponerse como mirada global e integral sobre lo real, este análisis entiende la comunicación más allá de la reducción a un número de variables que interactúan y se niega a identificar el sentido de lo real con la información de los mensajes discursivos. Aquella hipótesis obliga a sustituir el interés por el emisor o el código a favor de los permanentes reenvíos que hicieron de estos aconteceres sociales una cuestión de debate público y de apropiación personal por parte de los

sujetos; la renuncia a una lectura informacional del signo deriva en una preocupación por el espesor social y cultural de los discursos, de los procesos de comunicación. Sin despreciar otras deudas, este tipo de acercamiento al sentido de lo social se inserta en una tradición analítica próxima, en algunos aspectos, a la teoría crítica y la semiología o, en otros, a quienes, desde la etnografía o el análisis cultural, han puesto la esencia de lo real en las interacciones simbólicas. De esta forma, tanto el marco teórico como sus objetivos epistemológicos sobrepasan las disciplinas discursivas para buscar puntos de colaboración entre las ciencias humanas y sociales. Igualmente, rompen los límites de las metodologías cuantitativas e, incluso, presupuestos epistemológicos y herramientas del análisis experimental mientras abre las puertas a estudios cualitativos, hermenéuticos, más fijados en la comprensión de los procesos que en construir modelos teóricos.

El Partido Socialista Obrero Español, el Partido Popular y el Gobierno de España suscribieron el 28 de febrero de 1992 un acuerdo, denominado Pacto Autonómico, que pretendía ultimar el desarrollo estatutario de las Comunidades Autónomas que habían accedido a la autonomía a través del artículo 143 de la Constitución. La insatisfacción ante ese acuerdo abrió en Aragón un proceso de reivindicación de mayor autonomía que produjo dos de las manifestaciones masivas más importantes de la historia de Aragón y a partir del tratamiento mediático convirtió la cuestión autonómica en tema recurrente de debate público. Aunque se encauzó preferentemente a través del discurso político y de los medios masivos, ese proceso generó acontecimientos o comportamientos que afectaron a toda la comunidad hasta el extremo de hacerle tomar postura en determinados momentos, lo que activó de forma importante las comunicaciones interpersonales. Más aún, se hicieron visibles, por un lado, la naturaleza de las relaciones sociales o las condiciones culturales que regulan los flujos informativos en la sociedad aragonesa y, por otro, las contradicciones y debates sobre la percepción que los aragoneses mantienen tanto de su identidad colectiva como de su relación con el Estado.

Aunque se hayan formulado como apuestas metodológicas u objetivos de conocimiento, esta investigación deberá confirmar o refutar, primero, si la suma de acontecimientos y acontecimientos que conformaron el proceso social a favor de la Autonomía Plena presentan la unidad temática o la cohesión y congruencia interna que a nivel discursivo se exige a cualquier materialidad para ser considerada un mismo texto; segundo, hasta qué punto la reivindicación autonomista vivida en Aragón se construyó a partir de la centralidad de la comunicación social, de forma especial de la medial, y de las interacciones entre el discurso masivo y el intersubjetivo; y tercero, cómo cobraron sentido la realidad social y los procesos de comunicación activados a partir de los

mecanismos discursivos y del diálogo entre el texto y lo social. Estas tres hipótesis se mantienen vigentes también en el malestar social que, por su interferencia en el mercado mediático y el debate político, generó el convenio audiovisual suscrito el 2 de julio de 1993 entre el Gobierno de Aragón y Antena 3 Televisión.

En las Elecciones Generales celebradas el 6 de junio el aragonesismo político duplicó sus votos respecto a los comicios anteriores. Un mes después el Gobierno de Aragón, presidido por ese mismo partido, suscribió un acuerdo audiovisual que abrió una polémica social tan virulenta que tres meses después devino en un cambio de Gobierno, y por tanto de proyecto político, puesto que el PSOE accedió a la Presidencia de la Comunidad Autónoma tras una moción de censura. Si sobran indicios para colegir la centralidad de la comunicación medial en ambos acaeceres sociales, también abundan los que prueban su interdependencia y, por tanto, la trabazón interior suficiente para leer ambos como un único texto. Más allá de su secuencialidad y, a veces, de su simultaneidad temporal o de que compartieron protagonistas y hasta finalidades, sólo la efervescencia de identidad colectiva aragonesa que había producido la reivindicación autonomista desde el 28 de febrero de 1992 posibilitó que, después de varios años intentando dotarse de un canal autonómico, el Gobierno de Aragón se arriesgase a un mestizaje audiovisual sin precedente en el panorama audiovisual español, pero sobre todo sin referente legal específico.

El convenio entre el Gobierno de Aragón y Antena 3 Televisión se dibuja, incluso, como un paso lógico tras la reivindicación autonomista: un pueblo que ha reforzado la conciencia de sí mismo necesita verse para reconocerse y sentir que es. El carácter premoderno del sistema medial aragonés, dominado por la centralidad de un diario y por el carácter marginal de lo televisivo, explica que los medios informativos cumplieran durante la reivindicación autonomista una función nacionalista similar a la que se atribuye a la épica clásica, a la novela del siglo XIX o al cine de las primeras décadas de este siglo. En ese horizonte adquiere valor político, también, la decisión del Gobierno autónomo de usar la televisión como una fase más de su proyecto de dominación política y, por tanto, como una forma de construir identidad aragonesa, pero sobre todo de dotarla de la dignidad social y la capacidad persuasiva necesaria para que fuera masiva. Se confirma así la hipótesis de que este proceso social constituyó un único texto construido desde la centralidad de la comunicación de masas; pero, además, se pone de manifiesto que la significación se produjo, en gran medida, a partir del diálogo con lo social e histórico. Los titulares mediáticos se llenaron de sentido a partir de la intertextualidad con la explosión nacionalista en los Balcanes, la

crisis económica iniciada en 1992 o, simplemente, la actualidad española y aragonesa. Por uno u otro camino, se reafirma la pertinencia de analizar la significación desde su valor social.

Durante la demanda autonomista los medios de comunicación aragoneses mostraron la cara más pública de su materialidad institucional; en cambio, el conflicto derivado del convenio audiovisual reveló todo su corazón privado, sus intereses empresariales. Si se quiere comprender el texto, se hace necesario interpretar esa dualidad de comportamiento y para ello no sólo basta lo que explicitó la enunciación noticiera de los medios; también lo que callaron da sentido a sus conductas en un contexto de abierta lucha por el mercado de la prensa aragonesa y de acuciante recesión económica que repercutió de forma especial en los ingresos por publicidad. Con independencia de que en uno u otro acontecer se presentaran como valedores de las aspiraciones colectivas, la comprensión del sentido de lo medial exige en este caso analizar la posible centralidad de lo ideológico en lo social y en el discurso noticiero. Igual que otros agentes sociales enmascararon de servicio colectivo sus entreverados intereses particulares, no debe despreciarse la posibilidad de que, aprovechando el carácter comunitario de la reivindicación autonomista, los medios aragoneses convirtieran en una rentable operación de marketing editorial su apoyo a la demanda social.

Este tipo de inferencias, que sólo son posibles a partir de las relaciones entre lo discursivo y lo social, pone de manifiesto la voluntad de analizar de forma integral lo real social y la decisión de eludir, por el contrario, esquematismos epistemológicos y de método. De ahí que, por un lado, se apueste por técnicas de análisis que, como la triangulación, integran elementos de diversos métodos para complementarse y evitar los puntos débiles de cada una; y por otro, que en esa mirada a la representación discursiva de lo social desde la materialidad institucional se otorgue prioridad a las contradicciones y conflictos de poder que median el comportamiento de las diferentes instituciones sociales. Por ese mismo motivo, se descarta leer en exclusiva la realidad social objeto de estudio a partir del proceso mediático y, en cambio, se atiende a los entrecruces con otras formas de comunicación social o con otros códigos sociales o culturales. Sin que deba sufrir por ello la unidad del objeto de estudio ni su consideración como un único texto, se confía en que de esas múltiples interacciones emergerán nuevas aristas del sentido.

Cualquier prejuicio ante el conocimiento extratextual quiebra al comprobar hasta qué punto el sentido queda mutilado e, incluso, desdibujado. cuando se prescinde de esa cara social de la significación y cómo queda completado, reforzado o corregido una vez que se le inserta en la

historia y lo social. El devenir social de la reivindicación autonomista hizo de Aragón un campo de experimentación para construir un proyecto nacionalista diferenciado de Euskadi y Cataluña - integrando lo español y lo aragonés sin incompatibilidad-, pero al mismo tiempo tomando el nacionalismo vasco y catalán como permanente referente. Así, fracasada la creación de un canal autonómico a la manera de ETB o TV3 y C 33, el convenio audiovisual entre la institución representante del autogobierno aragonés y un multimedia español se reveló como el nuevo intento por crear unas estructuras informativas que permitieran consolidar una visión aragonesa de la realidad española y mundial, facilitando al mismo tiempo la inserción de lo aragonés en la cultura global que lidera la televisión. Esta hipótesis facilita la lectura del conflicto audiovisual, y de la moción de censura, desde otra cara: la de un posible proyecto nacionalista que quedó roto después de haber tomado impulso en las urnas el 6 de junio.

En suma, desde los contextos se hace evidente que la realidad objeto de estudio y los objetivos de conocimiento se insertan en dos debates estratégicos de esta realidad finisecular: en primer lugar, el proceso de desregulación de las telecomunicaciones por efecto de la globalización económica e informativa, de forma que el debate sobre la información y su contribución a la hegemonía ha debido añadir los componentes económicos y minusvalorar los políticos; y en segundo, la emergencia de identidades territoriales que están obligando a redefinir el estado-nación a nivel supraestatal y regional, pero también a revisar los estudios sobre cómo se construyen y operan las identidades colectivas en esta sociedad global y de centralidad masiva. La coherencia interna de ambas perspectivas facilita la apuesta por ver este proceso social aragonés como un texto único, pero más aún la pretensión de aplicar un análisis integral de lo real y discursivo. En ese horizonte se miran, en términos de poder y cultura, las interrelaciones que se pudieron establecer entre la identidad emergente de un territorio, su sistema de comunicación masiva, el Estado del que forma parte y el proceso de globalización internacional.

Este análisis asume las limitaciones que padece la ciencia en su comprensión de lo real y acepta las que, de forma específica, se derivan de esta búsqueda. Aún así se confía en las posibilidades de producir conocimiento científico que, desde una óptica holística, abre el campo objeto de estudio. Con todo renuncia a un enfoque puramente experimental y asume que los hechos no hablan por sí mismos, por lo que desplaza el centro del análisis hacia la teoría. Esta introducción delimita lo real objeto de estudio a partir de conceptos y formulaciones teóricas de varias disciplinas humanas y sociales, pero respeta el valor y la naturaleza de lo social que se estudia. Para ello, otorga incluso primacía a la reflexión sobre los procesos antes que a la elaboración teórica y, además, dirige sus

objetivos epistemológicos, sobre todo, al valor social de la significación. En suma, como el protagonismo de lo concreto no merma en sí mismo la fiabilidad científica del conocimiento, se propone un análisis que bucea en la realidad social desde la comunicación y la cultura, lo que deriva primero hacia el proceder y los conceptos de las ciencias humanas, pero conduce finalmente a puntos de vista e instrumentos analíticos habituales de las ciencias sociales.

Resulta difícil superar distancias metodológicas y epistemológicas creadas y reafirmadas durante debates que han llenado décadas. La exigencia de usar un campo teórico diverso y ecléctico obliga a aventurarse más allá de modelos analíticos, como los informacionales y cibernéticos o funcionales y estructuralistas, que se han revelado eficaces para algunos aspectos de esta investigación, como los efectos a corto plazo o la cuantificación estadística de la opinión pública, pero que se han mostrado incapaces de entrar en el espesor de la significación social y de la conducta humana, sea esta individual o colectiva. El recurso a enfoques interdisciplinarios, de la semiótica o la lingüística del texto a la etnología o el análisis cultural, aparece como una oportunidad de profundizar en las interacciones simbólicas que activaron los discursos y los procesos de comunicación. Sin despreciar los mecanismos que operaron en la codificación y la emisión, esta investigación prima el proceso de producción que protagonizaron los usuarios de los signos: la recepción se ofrece así como un proceso de usos y apropiaciones que lleva a una reinterpretación concreta de los signos.

Secuencialmente, este análisis parte de una reflexión sobre los problemas y posibilidades que ofrece el objeto de estudio elegido en relación a la producción de conocimiento mediante procedimientos científicos. Por eso, se seleccionan los objetivos epistemológicos antes incluso de definir el campo de análisis y las cuestiones metodológicas (Capítulo 2). Para comprender el valor textual de la realidad social generada alrededor de la demanda de Autonomía Plena y del acuerdo televisivo se combina el análisis de los mecanismos discursivos y comunicativos a través de los cuales se construyó este acontecer (Capítulo 3), pero también el valor social de la significación producida mediante la socialización de los signos (Capítulo 4). En uno y otro caso, se hace más hincapié en la productividad textual que en los códigos. Y para hacer visible el sentido social de lo sucedido se incorporan conceptos teóricos de eficiencia analítica probada en los análisis sociales y culturales, como hegemonía, identidad o ideología. También, se profundiza en el estudio de cuestiones tan culturales como políticas, como el papel de las identidades o de los nacionalismos en las sociedades avanzadas.

Esta movilización no pasa de ser una experiencia individual. Eso favorece un análisis descriptivo e interpretativo de lo real. Con todo, no se descarta la producción de conclusiones teóricas que puedan explicar procesos sociales de otros territorios abocados, como Aragón, a participar en la aldea global sin apenas capacidad para mantener su visión del mundo. En esa lógica queda por ver si la realidad social vivida en Aragón se comprende mejor a partir de análisis realizados sobre otras nacionalidades y regiones de escasa población y poder económico, pero con identidad definida por su historia milenaria y su voluntad de seguir siendo. En general, la realidad aragonesa se incardina entre aquellas sociedades que a lo largo de la modernidad han perdido la batalla de la construcción del Estado y que se han visto obligadas a vivir en un horizonte de resistencia. De ahí que, al tratarse de una comunidad periférica en lo cultural, económico y político, se haga aún más necesario comprender las diferentes mediaciones en términos de poder. Esta gama de cuestiones abre la puerta a preguntas que van más allá de las lecturas funcionalistas, behavioristas o informacionales de lo social. Más bien, conduce la reflexión a ese espacio común de las metodologías cuantitativas y cualitativas, de los enfoques constructivistas o empiristas e, incluso, de las ciencias sociales y humanas que ilumina el espesor de lo social humano.

La sociedad aragonesa queda mediada por la globalización económica y los micromercados, la cultura transnacional y las regionales o locales, las instituciones plurinacionales y los autogobiernos subestatales. La conciencia de esta socialidad mestiza convierte en foco de atención ese espacio cultural donde el individuo se reconoce a sí mismo y desde el que se proyecta al exterior. Esa revalorización de lo personal subjetivo y de lo cotidiano condicionar el campo de investigación, pero sobre todo constituye una referencia epistemológica básica para el análisis: Además de que aconseja replantear las preguntas que se pretende responder, sitúa lo subjetivo y lo histórico en el centro de la producción de conocimiento y, por tanto, introduce cuestiones centrales del análisis culturalista, como el problema de la identidad y sus componentes ideológicos (Hall, 1998), y debates habituales en la teoría política y la filosofía, como la inserción del individuo en la comunidad. Lejos de poner el acento en la preexistencia del individuo sobre la comunidad y, en consecuencia, de entender lo colectivo como un contrato privado entre individuos, esta investigación se siente más cerca del pensamiento comunitarista que concede a la matriz social la capacidad de determinar la imagen que los individuos tienen de sí mismos y su identidad. En ese sentido, se asume que la identidad de los individuos se constituye mayoritariamente a partir de sus relaciones con los demás o, su derivación, que los vínculos sociales van más allá de la mera asociación.

Por otro lado, la revalorización de lo singular y la primacía que se otorga a las condiciones de producción del conocimiento aconseja llamar la atención, primero, sobre el hecho de que esta investigación coincide con una revitalización de la identidad española, quizá no ajena a una cierta reformulación, como consecuencia de la llegada al Gobierno de España del Partido Popular mediante el apoyo pactado de los partidos nacionalistas. Y, segundo, que este análisis procede de un sujeto construido como individuo a partir de una matriz cultural y social española y aragonesa y, además, implicado en esa realidad social -incluso con un cierto protagonismo, ya que en esas fechas ejerció como Director de Comunicación del Gobierno de Aragón-. Si aquella inserción cultural condiciona una determinada percepción de lo real, el protagonismo de lo subjetivo hace necesario lograr que esa mediación no derive en obstáculo epistemológico, sino en oportunidad para una mejor comprensión de lo real. En ese horizonte, cobra valor la observación participante y una de sus exigencias, la fijación de la posición del observante para lo que en este caso se incluye un apartado específico.

2. DEL MÉTODO Y EL CONOCIMIENTO.

La Teoría hipodérmica o la Mass Communication Research encuentran su sentido, como recuerdan Saperas (1985) o Wolf (1991), en las exigencias que planteó al sistema de poder norteamericano la gestión de una democracia apoyada en la opinión pública y, al mismo tiempo, en la fuerza del behaviorismo durante los años treinta. Igual que ese conglomerado de intereses y creencias hizo creíble la asociación entre lo social y el reflejo estadístico de unas supuestas conductas, la sociedad postindustrial ha puesto en crisis ese empirismo estricto y la formalización como única forma de explicar la complejidad de lo real. También el marxismo ideológico creó un correlato epistemológico y metodológico, con el fin de comprender la realidad desde la búsqueda de la sociedad sin clases y, por

tanto, de producir conocimiento al margen de la lógica *burguesa*. Pero, este mundo internacionalizado y global abrió grietas teóricas y metodológicas en el materialismo dialéctico que, sin anularlo, lo han redimensionado tras mestizarlo con otras tradiciones y líneas de pensamiento (Curran, Morley y Walkerdine, 1998 [comps]).

Tanto el campo de estudio como el análisis que aquí se proponen se enmarcan en la sociedad finisecular, lo que implica aceptar algunos principios epistemológicos, como la centralidad social de la comunicación o su visión desde la cultura, y metodológicos, como el eclecticismo o el uso de métodos cualitativos. Sin compartir la sensibilidad postmoderna que ha llegado al extremo de buscar el sentido de lo real social a través del análisis discursivo, esta investigación se apoya en ese espacio compartido entre la semiología y el marxismo que, en conexión con la tradición culturalista, convierte el análisis de la significación en crítica social (Williamson, 1978). De esa forma, asume, por un lado, que "el lenguaje es la mas perfecta de las manifestaciones de orden cultural" o, lo que es lo mismo, "el hecho cultural por excelencia" (Levi Strauss, 1968: 134); y, por otro, abre la puerta a metodologías cualitativas y a los enfoques culturalistas de lo concreto (Jensen/Jankowski, 1993).

Esta investigación persigue comprender desde el rigor y el procedimiento científico un proceso social vivido en Aragón desde el 28 de febrero de 1992 hasta el 16 de septiembre de 1993 por toda la sociedad, aunque lo protagonizaran sobre todo su sistema de poder y sus instituciones, entre ellas las políticas y mediales. Con ese fin, se intenta hacer emerger su sentido textual y cultural mediante un enfoque interdisciplinar que combine enfoques cuantitativos y cualitativos, conocimiento de lo concreto y formalización teórica, análisis objetivo y participación subjetiva. Todo ello desde una concepción del texto como productividad que se materializa en diferentes situaciones y contextos pragmáticos (Kristeva, 1974) y, también, desde la primacía que se reconoce a las condiciones materiales en la configuración de lo textual y, más aún, en la producción de conocimiento. Por tanto, se asume que los textos operan y se actualizan en relación con una cultura (Barker y Beezer, 1994 [eds]), igual que los hechos transmitidos por los sentidos se hallan prefigurados a través del carácter histórico "del objeto percibido" o "del órgano perceptivo" (Horkheimer, en Wolf, 1991: 92).

Además de por el contexto social en que aparece y se gesta, la producción de conocimiento queda marcada también por el tipo de teoría social y el modelo de proceso comunicativo que presupone (Wolf, 1991: 21). Este análisis del proceso social ligado a la demanda autonomista e hidráulica aragonesa o al convenio audiovisual suscrito por Antena 3 TV y la Diputación General de Aragón y la moción de censura enfatiza lo que en él pusieron los sujetos de construcción y percepción de su

propia identidad o las relaciones de poder que se activaron y dilucidaron (ver 4); de la misma forma, se aleja de quienes, desde el funcionalismo o el paradigma matemático, han leído la comunicación como una serie limitada de variables en interacción y converge, en cambio, hacia otros modelos comunicacionales que han primado en la investigación de la cultura de masas (3.2). Los problemas y cuestiones que interesan a esta doble mirada analítica, y en su defecto los que quedan relegados a segundo plano o al olvido, ayudan a delimitar el campo de estudio y los objetivos de conocimiento, pero sobre todo remiten a los modelos teóricos de la acción social y de la comunicación que se activan o excluyen.

Al buscar la significación textual de una realidad (1) y su valor social, este análisis activa de forma necesaria paradigmas culturalistas (Curran, Morley y Walkerdine, 1998), semiótico textuales (Wolf, 1991) y sociológicos (Davara, 1993) de la comunicación. Al mismo tiempo quita toda pertinencia a enfoques informacionales o cibernéticos y supera el marco de la lingüística (Nuñez, 1993) e, incluso, de quienes proponen la autonomía del texto (Bradbury y Palmer, 1974) o su reducción a una propuesta de sentido circunscrita al código y creada por el emisor (Jakobson, 1977, 1983). En concreto, el interés por la cara social del sentido a partir de variables como hegemonía e identidad o por los efectos cognitivos que produjeron los diversos discursos sociales de ese acontecer reenvían no al individuo aislado, sino a formas de conductas sociales compartidas y, por tanto, a las diferentes mediaciones sociales que las hicieron posibles. Igual que se alejan del empirismo y permiten, en cambio, una cierta especulación (Saperas, 1987: 41), estas perspectivas se sitúan en espacios de conocimiento próximos a los Estudios Culturales o a la semiología social, que han mirado la realidad social a través de la cultura y el poder (Williams, 1992). Con todo, la exigencia de superar los reduccionismos funcionalistas presentes tanto en su teoría de la acción social como en la del lenguaje, tampoco debe conducir al exceso de quienes han visto en "la teoría del texto el ejemplo de una visión global de la acción humana" (Nuñez, 1993: 10).

Levi Straus ha sostenido la centralidad epistemológica del lenguaje en unos términos manifiestamente aplicables a la realidad social que aquí se estudia y a los objetivos que se persiguen. Su tesis de que "si queremos comprender qué es lo que son el arte, la religión, el derecho y quizá inclusive la cocina o las reglas de la cortesía, habrá que concebirlas como códigos formados por la articulación de signos" (Levi Strauss, 1968: 134) abre oportunidades para explicar como parte de la discursividad social los comportamientos que construyeron el devenir colectivo objeto de estudio. En una línea también presente en Foucault (1978, 1996) y en una parte importante del análisis cultural, esa lectura de la significación en términos de relaciones sociales abre la puerta a la comprensión de los conflictos

de poder que operaron a lo largo del proceso social. Siguiendo lo dicho por Clastres (en Marín, 1978) sobre la concepción marxiana del Estado, el Poder se lee como múltiples relaciones de fuerzas inmanentes que se transforman, refuerzan o invierten mediante luchas y enfrentamientos. Por tanto, sin olvidar su carácter de relaciones alienadas por la lógica de la dominación inherente a la sociedad de clases (Althusser, 1974) y mediática (Chomsky, 1996), el poder no se expresa sólo en relaciones económicas, sino también culturales, en la forma que los sujetos viven su socialidad (Morley, 1998b). Esta lectura dialoga con la idea de que la naturaleza del poder es política y anterior al trabajo o, más aún, con la hipótesis antropológica de que liderazgo y lenguaje están intrínsecamente ligados en la sociedad primitiva (Levi Strauss, 1968) o de que la palabra *profética*, en este caso más bien institucional y mediática, tiene enorme poder en las sociedades *sin Estado* (Clastres, 1978, en Marín, 1978: 91).

Con todo, junto a la credibilidad científica reconocida al proceder sobre el sentido, el protagonismo que se concede a lo lingüístico en esta comprensión de lo social implica también dudas o incógnitas epistemológicas. En su momento, Levi Strauss (1968) consideró lo discursivo un auténtico obstáculo para el conocimiento científico, hasta afirmar que resuelto "el problema de la naturaleza y del origen del lenguaje entonces podremos explicar lo demás" (Ibid, 138). Más recientemente, su concepción del análisis etnológico ha dado aún más protagonismo al pensamiento mítico dentro del propio conocimiento científico, hasta considerar imprescindible un diálogo entre ambos (Levi Strauss, 1996). Por su parte, Chomsky ha condicionado cualquier investigación ética y social a una teoría sistemática sobre la naturaleza humana, hasta el punto de que, en ausencia de esta, al pensamiento social y ético sólo le cabe apoyarse en ideas relativamente especulativas e imprecisas, "conjeturas, esperanzas, expectativas" (en Cohen y Rogers, 1993: 108). Sin ceñirse a una u otra perspectiva, este análisis asume la relatividad del conocimiento científico y sus entrecruces con otro tipo de pensamiento racional y simbólico.

Esta investigación concibe el ser humano como fruto de la matriz social, por tanto al margen del carácter presocial del individuo que ha propugnado el liberalismo más radical. De esa forma, se aproxima al comunitarismo sociológico, para quien "los individuos deben a la matriz social la imagen que tienen de sí mismos y sus concepciones del bien" (Mulhall/Swift, 1996: 44). En su aplicación a la cultura de masas y a los procesos de construcción de identidad se apoya en que, como dice Keating (1996: 22), "el individuo reducido a la condición de actor asocial pierde todos sus referentes éticos y queda convertido en una máquina". Pero, aceptando que "la identidad y los intereses de los individuos están constituidos por sus relaciones con otros", no se mitifica la naturaleza social del ser

humano ni el sistema social, aunque se asume que el vínculo comunitario "es mucho más estrecho y profundo de lo que admite el modelo meramente asociativo" (Mulhall/Swift, 1994: 44). Esta posición, que excluye de igual manera la concepción de la sociedad como una cooperación entre individuos asociados de una manera privada y el antiindividualismo de quienes sólo reconocen la existencia de la comunidad, dirige la comprensión de lo social como producción de sentido desde los discursos (ver 3) y desde su inserción en los procesos colectivos (4.1; 4.2).

Esta investigación científica depende, por tanto, no sólo del campo de estudio, sino también del protagonismo que, tal como sugiere Jensen (1993: 15) al dibujar los métodos cualitativos en la semiótica social, se otorgue a los diversos niveles del proceder científico, entre ellos el aparato analítico y los métodos a utilizar. Si resulta arriesgado dibujar la metodología de la investigación antes de fijar sus objetivos (Anguera, 1978), tampoco debe obviarse la interdependencia que el *cómo* del análisis mantiene con el *qué* o *para qué* (Curran, Morley, Walkerdine, 1998). La historia de la investigación de la comunicación masiva ha probado hasta qué punto las técnicas de investigación y las teorías, los métodos de análisis y los esquemas conceptuales se determinan entre sí. Como señala Wolf (1994:27/8), en pleno auge empirista la elección del método cuantitativo determinó el concepto de público como una masa informe y homogénea o que numerosos problemas de la comunicación de masas quedaran fuera de las cuestiones a investigar.

En consecuencia, la persecución del sentido de lo real aleja este análisis de la investigación pragmática y de cualquier ligazón a necesidades de algún tipo de poder social, como ha sido característico de una parte del análisis sobre la comunicación de masas. Igualmente, se distancia de quienes acostumbran a primar los aspectos metodológicos hasta condicionar a ellos las preguntas que se plantean (Wolf, 1991, 1994). En este caso, el proceso analítico queda subordinado a los objetivos generales de conocimiento: la decisión de propiciar un análisis integral del acontecer ligado a esta movilización social aragonesa impone, de hecho, una lectura de lo lingüístico y discursivo que, al primar la socialización del signo sobre el código o el texto como productividad y permanente entrecruce, se aleja de los parámetros saussurianos, estructuralistas y de la teoría del texto (3; 3.1) y sigue las pautas del Círculo de Bajtin o de los Estudios Culturales británicos (3.1.2; 4.1; 4.2). Aún así, los niveles de esta investigación o el rigor científico no ocultan ni minimizan las cuestiones y problemas insertos en la realidad que se intenta conocer (Barker y Beezer, 1994).

Lejos de optimismos ingenuamente empiristas que alimentan la idea de que el conocimiento está dado de antemano en la realidad y sólo hay que rescatarlo, esta investigación se apoya en el

principio de que los hechos no hablan por sí mismos, ni son neutrales (Castells e Ipola, 1975; Jensen y Jankowski, 1993). De esa forma, el camino hacia el conocimiento científico se plantea como un proceso de producción, cuyo centro se desplaza desde la realidad al procedimiento científico, en particular al método y a los objetivos epistemológicos. Con todo, ese proceso de elaboración teórica puede devenir en olvido de lo concreto. De hecho, el rechazo a cualquier cuantificación ha llevado a una parte de los Estudios Culturales a abusar de la generalización injustificada y sin reservas (Morley, 1998b: 433), olvidando incluso la intuición de Marx de que el pensamiento crítico se desplaza de la abstracción hacia lo concreto (Hall, 1998: 29). Esta propuesta atiende, ya sea mediante procedimientos cualitativos o cuantitativos, a la combinación del dato y de la generalización (2.2.2), en la convicción de que "rechazar el desafío de lo cotidiano -por la mano muerta retrospectiva de la constricción estructural- es negar la persistencia de la propia vida y de la propia sociedad. Es un fracaso teórico y a la vez político" (Willis, en Skeggs, 1994: 203).

Aún así se acepta que en el proceder científico lo real sólo adquiere significado en cuanto que remite a un sistema de referencia (Castells e Ipola, 1975: 99). Por ello, incluso la conversión de la realidad social en puro dato científico presupone una construcción teórica; después, la acumulación de datos sólo cobra sentido a partir de una clasificación previa, lo que exige una categorización conceptual. El sentido de estas dos decisiones remite a un campo teórico, a un aparato conceptual analítico determinado por el método y por los objetivos de conocimiento. Ni el empirismo más idealista e ingenuo olvida que en el procedimiento científico resulta imposible pasar de forma directa de los datos a la interpretación analítica, dado que la formalización del conocimiento debe ser progresiva y requiere, por tanto, diversas transformaciones intermedias. Todo esto matiza la voluntad de explicar la cotidianidad social desde la propia perspectiva de los participantes o del observante.

Frente al empirismo sociológico que sitúa el conocimiento en el interior de los hechos sociales reduciendo el papel de la investigación a una teoría del dato, esta investigación da por supuesto que, incluso en cuanto descripción, el conocer científico implica un proceso de transformación que, partiendo de un sistema de conceptos teóricos, incluye operaciones de control empírico y sistemático sobre lo concreto (2). Por más que desde esta perspectiva todo dato es construido y la teoría opera como factor productivo, se asume que la formalización debe ser compatible con el respeto y atención a la complejidad de la realidad social que comparte el propio sujeto cognoscente (Baxendale, 1994: 45) o que un exceso de formalización teórica resulta especialmente improductivo en un análisis discursivo de lo real social, como el que aquí se propone, porque "si hay alguna actividad intelectual

humana en que se haga especialmente patente la antelación del *saber hacer normativo* sobre el *saber reflexivo* y deliberativo, ésta es el lenguaje" (Nuñez, 1993: 8).

Además, aunque durante décadas el cientifismo más rígido convirtió en principio empírico y en requisito de científicidad la neutralidad del sujeto cognoscente, la práctica científica pone de manifiesto que un proceso de producción de conocimiento de ese tipo incorpora, por un lado, elementos subjetivos (Jensen/Jankowski, 1993) y, por otro, factores ideológicos (Castells, 1975: 27). Si en el periodo dominado por las metodologías cuantitativas se puso la eliminación de elementos subjetivos como garantía de esa distancia afectiva y del rigor, la evolución del pensar científico ha impuesto la inevitable presencia de lo subjetivo en cualquier proceso de análisis descriptivo e interpretativo. Este análisis aprovecha la científicidad de métodos, como la observación participante, en los que la subjetividad, lejos de actuar como obstáculo epistemológico, opera como parte del análisis científico (Jensen/Jankowski, 1993).

Para la sociología de la percepción (3), toda forma remite a la actividad de un sujeto histórico, por lo que en las Ciencias Sociales y en las Humanidades "cuando se presentan acontecimientos, siempre se hace desde una cierta concepción. Se elige un punto de vista, una cierta forma específica de ver las cosas, un cierto ángulo, ya se trate de hechos históricos [reales] o de acontecimientos [fabricados]" (Bal, 1985, en Segarra, 1991: 121). Este énfasis en el diálogo que un texto científico mantiene con su autor denota, pues, que esa subjetividad incluye el sistema de reconocimiento y creencias desde el que se mira el campo de estudio y se reconoce dándole un sentido. Por tanto avisa también del componente ideológico del proceso de conocimiento (Hall, 1998: 48). Lejos de cualquier idealismo empirista, lo subjetivo se revela difícilmente evitable en el análisis científico, bien porque sea parte del campo de estudio, bien porque opere a través de las numerosas decisiones que se toman a lo largo del procedimiento. El objetivismo obsesivo del cientifismo dominante no impide que la reflexión sobre el papel del sujeto en el conocer científico esté abierta y vigente. Ahí se sitúa esta propuesta que recoge debates recientes de la antropología y etnografía sobre "la relación entre el observador y lo observado" e, incluso, sobre "la base de la autoridad del etnógrafo para transmitir las experiencias culturales a otros" (Morley/Silver Stone, 1993: 195).

A diferencia del positivismo empirista que reduce la realidad social a variables estadísticas y cifra la capacidad de explicación científica en la objetivación y cuantificación de los datos, esta propuesta parte de que las interacciones entre el sujeto y la realidad social objeto de análisis no excluyen de partida la científicidad de la investigación (Woff, 1991: 212). Aunque al definir la antropología

estructural Levi Strauss sostuviera el acientifismo de la conciencia y le negase capacidad para generar un saber riguroso (4), este análisis comparte con las corrientes culturalistas y discursivas la posibilidad de producir ciencia social a partir de la significación construida en la vida cotidiana, según cómo perciben aquella los participantes o, lo que es lo mismo, desde el conocimiento empático, entendido este como el significado que la gente da a sus acciones (Jensen/Jankowski, 1993: 66). En ese horizonte tampoco se descarta que, entre las determinaciones culturales que afectan al sujeto en la producción de conocimiento, se incluyan su inserción en la comunidad interpretativa (Morley, 1997) que constituyó la sociedad aragonesa a lo largo del proceso (3; 3.2).

En la medida que se construye a partir de un sujeto que participó en el proceso social objeto de estudio, esta investigación lleva la presencia de lo subjetivo más allá de las decisiones incluidas en el proceder científico, puesto que lo incorpora al propio campo de investigación. Ese entrecruce refuerza también la presencia que en el proceso de producción del conocimiento científico se concede a la ideología como elemento estructural del proceso teórico. Si, en línea con sus precedentes marxistas Althusser (1974) llegó a considerarla componente imprescindible de toda práctica social, en este caso se asume su participación en el método, en el sujeto que lo desarrolla, en la selección del campo de estudio y en los objetivos de conocimiento, lo que supone reconocerle, como hace Castell e Ipola (1975), un papel estructurador del conocer científico. Aunque en prácticas científicas puede acabar convirtiéndose en obstáculo epistemológico, este análisis no comparte el antagonismo absoluto y universal que una parte de la teoría marxiana, en particular Althusser, ha encontrado entre ciencia e ideología. Más bien se alinea con quienes, como los Estudios Culturales, asumen su presencia en los sistemas de referencia que usa el pensamiento social para comprender el mundo (Hall, 1998: 53).

Estas primeras reflexiones epistemológicas permiten definir, en forma de tesis, las siguientes premisas teóricas:

primero, el procedimiento científico supone un proceso de construcción del conocimiento y está condicionado por el proceso histórico del que forma parte; para evitar que la formalización teórica actúe como obstáculo epistemológico, este análisis persigue respetar lo real e integrar tanto la ideología como la mediación del sujeto productor del conocimiento;

segundo, además del carácter histórico del conocimiento, esta búsqueda epistemológica queda marcada por la visión integral de lo social, por lo que se aleja de enfoques funcionalistas,

estructuralistas y pragmáticos para situarse, en línea con otras perspectivas como la Teoría crítica o los Estudios Culturales, en un espacio de convergencia entre la semiología, el análisis cultural, la sociología y el marxismo;

tercero, por más que la producción de conocimiento remita a un sistema teórico de referencia, en esta investigación se otorga preeminencia al campo objeto de estudio y a los objetivos de la investigación, de forma que ambos condicionan los aspectos metodológicos y el marco teórico que soporta conceptualmente el análisis, en este caso claramente interdisciplinarios y eclécticos;

cuarto, la inserción de la subjetividad como parte del campo objeto de estudio no prejuzga sobre la fiabilidad del conocimiento producido, más aún teniendo en cuenta el enfoque discursivo de lo real que se propone y la opción por combinar métodos cuantitativos y cualitativos, con claro predominio de la Observación participante **y**

quinto, sin devenir en una visión global de la acción humana, el análisis discursivo aparece como perspectiva epistemológica dominante y aparato analítico adecuado a las exigencias del campo de investigación y a los objetivos de conocimiento. De forma especial porque, como hecho cultural por excelencia y factor activo en las relaciones sociales, posibilita leer la realidad social en términos de cultura y poder.

Estas cinco formulaciones teóricas denotan la voluntad de apoyar esta búsqueda científica en un dibujo epistemológico y metodológico claro, desde el que definir, y luego analizar, el campo de investigación. Pero, además, al operar como principios epistemológicos básicos de este análisis, determinan unas u otras opciones metodológicas. En cualquier caso, al reconocer el carácter estructural que, en el camino hacia el conocer científico, corresponde a las condiciones materiales y sociales del objeto de investigación y del sujeto creador de conocimiento, no se opta entre las epistemologías materialista e idealista. Entre otras razones porque, como ya demostraron en su momento los componentes de la Escuela de Frankfurt y luego han reafirmado el pensamiento marxista o diferentes expresiones de la semiología social o de los enfoques culturalistas, ambos discursos pueden coexistir y hasta complementarse (Bottomore, 1976: 93). Como Hall (1998), se apuesta por los beneficios de un eclecticismo productivo, una especie de inclusividad sincrética y selectiva que intenta tomar lo mejor de distintas tradiciones intelectuales y trabajar con esos elementos para lograr nuevas síntesis.

Conocido es el fracaso del materialismo histórico para producir conocimiento empírico o la tendencia del formalismo a convertirse en pura construcción teórica a costa de sacrificar lo real y a justificar los reduccionismos en las exigencias de científicidad. No menos constatable ha sido la incapacidad del positivismo empirista para explicar el sentido de complejas realidades sociales mediante exhaustivos análisis cuantitativos. Estas evidencias aconsejan huir de algunas mitologías que acumula el discurso científico sobre la comunicación y el lenguaje, en particular la de sacar fuera de su devenir histórico los fenómenos discursivos y los procesos sociales. O la de apoyar el análisis de forma exclusiva o preeminente en datos procedentes de metodologías cuantitativas, cuyas técnicas estadísticas "son desagregadoras, inevitablemente aíslan unidades de acción de sus contextos" (Morley y Silver Stone, 1993: 181). En ese horizonte se toma como referencia experiencias que, tal como detalla Grandi (1995: 248), han intentado acabar con la dicotomía entre teoría crítica y empirismo y en ese empeño han propiciado que perspectivas excluyentes pasen a ser complementarias. De esa forma, el uso de los datos de algunos sondeos (7.4.1) o de los titulares de los diarios aragoneses (7.4.2) se combina con conceptos teóricos, como las comunidades interpretativas o los media events, que han probado su capacidad explicativa en el análisis cultural.

Para Bajtin y Medvedev (1994: 74), "el miedo al eclecticismo y a la sustitución se explica por la ingenua convicción de que la especificidad y la singularidad en cierta área sólo pueden ser preservadas mediante su aislamiento absoluto". En su opinión, los eclecticismos sólo son peligrosos en el territorio positivista, "donde la unidad se obtiene siempre a costa de confusiones y transigencias". En la medida que se formula como mirada global a lo real, ese objetivo epistemológico impone el eclecticismo metodológico y de las categorías conceptuales. Por eso, desde las limitaciones y posibles contradicciones que pueda generar ese entrecruce de prácticas y marcos teóricos, se pretende recuperar "la mirada distante e integrada que permite la observación histórica" (A. Mattelart, 1994: 7). Con todo, se aspira a elaborar un discurso científico autónomo y unitario a partir de conceptos e instrumentos de diversas disciplinas y métodos en los que el paradigma comunicacional actúa como espacio de convergencia (R. Williams, 1992: 25). Más que llegar a aportar un modelo explicativo de lo real (Nuñez, 1993; Nique, 1980), se persigue describir e interpretar, con el rigor científico pero sin ocultar sus contradicciones ni sacrificar su complejidad (Mattelart, 1993), la cotidianidad social y sus diferentes entrecruces con la historia y la cultura que hicieron posible el proceso social aragonés objeto de estudio (4.1; 4.2).

El devenir del discurso científico y el balance de sus principales referencias teóricas aconsejan tener en cuenta las aportaciones que cada uno de esos enfoques críticos o empíricos, semióticos o

sociológicos, supone para esta investigación. En concreto, por más que se haya puesto en evidencia la necesidad de someter a crítica algunas de las proposiciones básicas del materialismo dialéctico, también ha quedado probada su validez para identificar y analizar las fuerzas que actúan en las luchas sociales o para comprender el funcionamiento del poder y la ideología en los procesos sociales (5). Y, a pesar de que oculte bajo enfoques tecnocráticos las contradicciones de la realidad social o se sitúe como epistemología al margen de las condiciones materiales y sociales, el estructuralismo ha demostrado que es capaz de identificar reglas invariantes o construir modelos que explican nuevos campos de las culturas y sociedades (6). Igualmente, sus interdependencias con el sistema de poder americano han condicionado los objetivos epistemológicos y métodos de la Mass Communication Research o su dependencia del behaviorismo ha devenido en incapacidad para comprender muchos fenómenos reales, pero ha puesto en circulación un completo cuadro conceptual y métodos cuantitativos que se han mostrado capaces de explicar la evolución la opinión pública (7). Por último, las dificultades de la Semiología y la Teoría del discurso para trasladar los conceptos lingüísticos a su aparato analítico y más aún para construir gramáticas de los lenguajes no verbales tampoco invalidan sus aportaciones ni la ampliación de la perspectiva lingüística que, al superar el logocentrismo (Jensen, 1993; Nuñez, 1993), permite mirar y comprender la realidad social como un texto (8).

Los obstáculos epistemológicos que laten en el seno de cada una de estas teorías, y también la más elemental prudencia lógica y científica, aconsejan tener presente, en investigaciones como la que aquí se propone, las limitaciones de toda formalización que busque explicar la complejidad de la interacción social o analizar la potencialidad humana para la innovación creadora (2.2.1). El acceso al conocimiento de lo real queda aún más vedado, si, como en este caso, se someten a análisis y comprensión teórica fenómenos sociales recientes que, en cierta forma, aún se mantienen vivos a través de algunos de sus efectos. Más aún, si se afrontan esos acontecimientos en lo que tuvieron de proceso identitario o de efectos cognitivos que se produjeron en la comunicación de masas: En el primer caso, como señalan los enfoques culturalistas al hablar del nacionalismo, se trata de procesos que sólo cobran sentido en la larga duración o, en palabras de Llovera (1996), como un lento precipitado de la historia que se remonta a la Edad Media; en el segundo, tal cual señalan las nuevas teorías de los efectos mediales (Wolf, 1994), porque los cambios en la percepción de lo social o de uno mismo no se producen en el corto plazo, sino en el largo. Eso revaloriza el *time-frame* o tiempo sometido al análisis y otros componentes del marco temporal (Saperas, 1987: 72). Más aún aconseja explorar formas diversas de eclecticismo metodológico y hasta justifica que el método sea inventado (Eco, 1993: 57).

Si un campo de investigación restringido y delimitado facilita la producción del conocimiento e, incluso, deviene en condición necesaria para aceptar su fiabilidad, este análisis afronta la exigencia de superar la dificultad de un corpus práctico y teórico tan heterogéneo como extenso. Por un lado, este acaecer social comenzó el 28 de febrero de 1992 y se prolongó hasta la moción de censura el 15 de septiembre de 1993, por lo que afecta a conductas sociales que tuvieron lugar a lo largo de dieciocho meses. Por otro, ese texto se construyó a partir de numerosas voces sociales, y no sólo a través de las instituciones y los medios, por lo que extiende el estudio de las enunciaciones y la significación a gran parte de los procesos públicos de comunicación que tuvieron lugar en Aragón a lo largo de ese periodo. Además, la tematización de ese acontecer a partir del debate sobre la autonomía, el agua y la televisión no menoscaba los frecuentes reenvíos a otros textos exteriores, en concreto a issues de la noticiabilidad social o del imaginario colectivo (3.1.2). Por último, la opción por una mirada integral impone entrecruces de disciplinas muy diversas, por lo que se recurre a conceptos, teorías y propuestas dispersos a lo largo de las ciencias humanas y sociales. Todos estos factores aconsejan, siguiendo a Anguera (1978: 34), hacer más manejable y comprensible el corpus mediante la acotación precisa del campo objeto de estudio y de los objetivos de conocimiento.

La lectura de esta realidad social como un texto inscrito en un proceso histórico circunscribe notablemente el objeto de conocimiento y, además, aporta al campo teórico homogeneidad y coherencia interna. Lo concreta más aún el doble estudio que se propone: primero, el análisis inmanente de sus mecanismos de construcción y significación, de su funcionamiento discursivo, de sus prácticas comunicativas diarias (Velázquez, 1993; Nuñez, 1993, Bajtin, 1982); y después, la comprensión del valor social de la significación, principalmente, a partir de las condiciones materiales en que esta se produce (Jensen y Jankowski, 1993; Barker y Beezer, 1994) y de su inserción en las relaciones creadas entre estructura social, sistemas de poder y modelos de valor (Wolf, 1991: 291). Esta búsqueda del sentido textual mediante ambas caras supera la autonomía del texto defendida por el *new criticism* (Bradbury y Palmer, 1974) y algunos enfoques formalistas (Todorov, 1970) o estructuralistas (Jakobson-Levi Strauss, 1970; Jakobson, 1983), porque entiende que sus funciones políticas y sociales no pueden comprenderse fuera del contexto y la situación (9); aún así, elude la tentación de atribuir al análisis discursivo cultural la capacidad de explicar la acción humana y social (Nuñez, 1993; Mattelart, 1993).

Esta visión de lo real desde el discurso delimita el campo práctico. Igualmente, la diversidad interna del campo teórico (11) queda compensada por el hecho de que las diversas disciplinas sociales y humanísticas que conforman el aparato analítico de este trabajo comparten un mismo paradigma

epistemológico, el aportado por la teoría de la comunicación (Martín Serrano, 1978: 9). La centralidad social que se reconoce a la comunicación y al lenguaje en la sociedad global convierte a ambos en los ejes a través de los cuales se fijan y reestructuran las relaciones sociales de individuos, clases sociales y naciones (M. Mattelart, 1984: 58). Tras el desgaste sufrido por la ideología liberal del progreso, A. Mattelart (1993: 9) otorga incluso a la comunicación el rango de nuevo paradigma de la sociedad postindustrial. Por ello, también dota a esta investigación de la cohesión y unidad interna necesaria (12). Sin embargo, dado que la comunicación puede ser leída desde modelos cibernéticos, semiológicos, sociológicos o antropológicos (Davara, 1993) y desde el protagonismo de la emisión o la recepción y el intercambio (Curran, Morley, Walkerdine, 1998), se hace necesario definir de forma precisa los conceptos que se utilicen como categorías claves del proceder científico (Eco, 1993).

Como lee la comunicación desde los modelos semiológico textual y culturalista, esta propuesta se somete a ambos paradigmas para acotar tanto preguntas que se pretende responder como los métodos que se deben aplicar. Así la preocupación por el emisor o el código queda por debajo del interés por los mecanismos de contextualización que permitieron construir un determinado sentido a los usuarios de los signos o por las marcas semióticas que dotaron de coherencia y cohesión interna a las diversas propuestas textuales hasta hacer de ellas partes de un único texto. Esos paradigmas obligan, también, a seguir los dispositivos enunciativos mediante los que significó y las mediaciones que se activaron en los procesos de codificación o recepción o la forma en que ese texto se insertó en una cultura, la del Aragón actual. Con todo, siguiendo a Wolf (1991), no se ocultan deudas con el modelo semiótico informacional, en particular por la centralidad que se otorga a la significación, por la relevancia dada a determinados códigos narrativos y la capacidad reconocida a los receptores para resemantizar lo codificado en la emisión. Y, si se retoma el paradigma culturalista (Morley, 1997; 1998b), adquiere valor la concepción de la comunicación como un permanente intercambio entre sujetos sociales, la limitación a la apertura de los textos o el protagonismo de la cultura compartida a la hora de dotar de sentido a los textos desde la recepción (3.2; 3.2.2).

En conjunto, los procesos de comunicación y la producción de significación siguen pautas semiótico textuales y culturalistas. No obstante, mantiene un equilibrio entre esas búsquedas y la visión sociológica, porque sitúa la producción e intercambio de signos o el componente cultural de este proceso semiótico en el interior de las relaciones e interacciones sociales (Foucault, 1996; Grandi, 1995). De ahí, la relevancia que se otorga a la relación entre el sistema medial y el conjunto del sistema social aragonés, de forma especial a las dependencias mutuas que mantuvieron algunas instituciones a lo largo del proceso. O el interés por conocer en qué medida determinados hechos

sociales y discursos reflejaron la percepción que la sociedad aragonesa tiene de sí misma. Incluso, los posibles efectos cognitivos producidos se ponen en relación con la estructura social (4.1) y sus relaciones de poder (4.2), aunque sin olvidar lo que en ellos hubo de proceso comunicativo y semiótico: la participación social en las manifestaciones autonomistas o el voto en las Elecciones Generales celebradas en 1993 se leen como respuestas activas de la audiencia tras resemantizar los mensajes recibidos, pero también como expresión de un conflicto identitario, hegemónico o ideológico.

En suma, más que primar la estructura económica en el análisis del poder y de las fuerzas que determinan las relaciones sociales, se comprenden estas desde los discursos (13), y desde su participación de una determinada cultura y sociedad. La primacía que en ese análisis se otorga a las condiciones materiales de existencia y funcionamiento no niega la vigencia de métodos o conceptos acuñados, y más que probados, desde otras perspectivas idealistas o materialistas ni la interdependencia que se debe establecer en el interior de la práctica científica entre campo teórico, método de análisis, técnicas de observación y objetivos de conocimiento. Dado que se entrecruzan métodos y teorías bien distintas en un enfoque manifiestamente ecléctico, sólo un excesivo dogmatismo puede demandar que teoría, método y objetivos de conocimiento coincidan en todas las fases y momentos de la investigación. Por ello, más bien se intenta conformar una teoría con suficiente coherencia interior y un método flexible, integrador de perspectivas diversas, dotado de rigor científico y eficaz (Wolf, 1994; Jensen/Jankowski, 1993). Así la aplicación del concepto *media event* a este proceso social permite combinar métodos cualitativos o perspectivas mediológicas y culturalistas a una parte de los acontecimientos, de forma que se hagan visibles sus dispositivos de construcción, las intenciones y su sentido social (3.1.2; 3.2.2; 4.1; 4.2)

Este tipo de interdependencias creadas en el interior de la práctica científica favorece la coherencia interna del procedimiento, aunque también determinan otras operaciones de la investigación. En este caso, esa lectura de lo social en cuanto acontecimiento mediático favorece la comprensión del valor identitario de la movilización, puesto que este tipo de eventos propicia la sensación de comunidad imaginada (4.1; 3.1.2). En cualquier caso, si fuera necesario realizar ajustes entre método y objetivos de conocimiento, se otorga a la propia práctica científica la capacidad de modificar algunas de las decisiones. La saturación de modelos y propuestas que acumula el discurso científico no oculta la posibilidad de que, por las propias características de la investigación o por la situación material e histórica determinada (10) en que aquella se produce, resulten aplicables al análisis algunas reglas normativas de los métodos elegidos. Al fin y al cabo, esas pautas de análisis aparecen como exteriores

y, por tanto, ajenas muchas veces a la práctica científica concreta. Según Saperas (1987), la planetarización de los medios y su multiplicación en la sociedad de la información deja obsoletos los métodos para medir los efectos mediales. En este caso, sin embargo, el carácter premoderno del sistema medial aragonés facilita la aplicabilidad de esos modelos conceptuales.

Estas reflexiones permiten completar la base epistemológica de esta investigación sobre nuevos presupuestos teóricos, que se añaden a los cuatro ya explicitados anteriormente,

sexto, este análisis se apoya en las ventajas epistemológicas del eclecticismo, aunque busca garantizar la homogeneidad y coherencia necesaria a través del predominio otorgado al paradigma comunicacional. A este respecto, la investigación queda marcada por los entrecruces que establece entre los modelos semiótico textual, cultural y sociológico, mientras se distancia de enfoques cibernéticos informacionales.

séptimo, la comunicación se concibe así a partir de la centralidad de la significación y no de la información, para lo que se enfatizan las mediaciones culturales que en ese intercambio permanente hacen posible el sentido. Por otro lado, se mira la comunicación desde su inserción en los fenómenos y procesos sociales; además, se persigue comprender sus significados yendo más allá de los análisis estadísticos.

octavo, esta investigación afronta obstáculos epistemológicos, como los derivados de una teoría heterogénea en su procedencia o de un corpus objeto de estudio que por su amplitud dificulta la comprensión y el manejo. Desde el deseo de evitar reduccionismos, por encima de lo que determinen los modelos y propuestas teóricas, se otorga a la propia práctica científica la capacidad de decidir lo que, a este respecto y en el curso del análisis, deba hacerse para superarlos.

noveno, desde la centralidad reconocida a la significación, este análisis da prioridad más que al sentido de los grandes acontecimientos sociales del proceso objeto de estudio a los significados de la vida cotidiana según las percibieron los propios sujetos participantes: esta búsqueda del conocimiento empático no implica la renuncia a comprender el funcionamiento de algunos códigos sociales que dieron sentido a lo real mediante determinadas prácticas sociales y culturales; **y**

décimo, el intento de aprehender lo cotidiano y lo social desde el interior de sus propias prácticas sin olvidar su complejidad ni contradicciones, limita la capacidad de este estudio para producir

construcciones teóricas y, en cambio, otorga ventaja a la descripción e interpretación de los procesos sociales: aún así se asume la necesaria presencia de la teoría en el conocimiento científico e, incluso, la comprensión de lo real que pueden aportar la aplicación de algunos modelos formales, como el actancial.

En cuanto que se propone representar de forma analítica y comprensiva una realidad, esta investigación se constituye en metalenguaje. Su construcción se apoya en el modelo científico y, por tanto, se excluyen referencias globales de otras formas de pensar lo real. Aún así no se olvidan las posibilidades de complementación que ofrece su diálogo con el pensamiento mítico (Levi Strauss, 1996; Grandi, 1995). Este análisis asume la incapacidad del lenguaje lógico y racional para comprender determinadas realidades físicas, en línea con el cambio de sensibilidad en el discurso científico que ha supuesto la asunción de ese límite por parte de las ciencias naturales. Sin negar las diferencias entre el conocimiento científico y el que vehiculan otras formas de pensar lo real, se tiene en cuenta la restauración de antiguas formas de pensamiento que han probado su utilidad en la comprensión de lo social, así como que el diálogo entre el pensamiento científico y mitológico enriquece la comprensión de lo real (14). Incluso, el hecho de que, al estudiar una realidad de naturaleza social más que puramente física, su referencia sean las ciencias sociales y humanas en lugar de las ciencias naturales resta pertinencia al positivismo empírico en favor de los mecanismos cualitativos de producir conocimiento científico.

Como han enfatizado la teoría crítica (Adorno, 1969; Jay, 1974) y, más recientemente, los Estudios Culturales (Barker y Beezer [eds], 1994; Curran, 1997, 1998a/b), la conversión de la realidad social en dato riguroso mediante un lenguaje lógico o estadístico matemático deriva en la desnaturalización de aquella y, por tanto, en un fracaso epistemológico sólo equiparable al que genera la verificación de modelos teóricos contruidos con ambición excesiva. Esta propuesta renuncia tanto a trasladar los modelos de las ciencias naturales a las sociales y humanas como al antagonismo entre ambas manifestaciones de la ciencia. Por ello, igual que busca puntos de encuentro entre las ciencias sociales y humanas o entre los métodos cualitativos y cuantitativos, acepta la posibilidad del diálogo entre el pensar científico y mítico o descarta la construcción de su discurso analítico a partir de algún lenguaje lógico matemático (Castell-Ipola, 1975) o literario cualitativo (Jensen/Jankowski, 1993). En cambio, prima el respeto a la coherencia interna del corpus teórico y su necesaria operatividad. Para ello se asumen las exigencias de precisión técnica y compatibilidad en la utilización de los conceptos y modelos teóricos (Eco, 1993). Y, además, se utiliza la probada capacidad del lenguaje y del

paradigma comunicacional para comprender lo real, así como la cohesión interna que ofrece como marco teórico.

2.1. Campo de investigación.

El campo de investigación incluye tanto la realidad objeto de análisis como el aparato conceptual que se va a utilizar. En la medida que eso da relevancia a la interdependencia de los niveles analíticos de toda investigación (Eco, 1993), también delimita las cuestiones teóricas o metodológicas y el campo de investigación. Al optar por la comprensión de un proceso social desde los discursos, la comunicación y la significación, esta propuesta se obliga a afrontar la realidad como un texto; cuando apuesta por leer ese acontecer en lo que tuvo de producción identitaria y de puesta en juego de las relaciones sociales de poder, integra en su análisis algunas variables de la reflexión sobre el nacionalismo, de forma especial el papel de la historia y la cultura en la construcción de cada identidad, o sobre los medios, como la necesidad de combinar los efectos a corto y largo plazo. Esa determinación entre el *qué*, el *para qué* y el *cómo* de esta investigación implica, por ejemplo, la exigencia de combinar métodos cualitativos y longitudinales, a la manera de algunos enfoques culturales sobre los efectos a largo plazo (Lang y Lang, 1994), con otros cuantitativos y estadísticos, siguiendo las pautas de la Mass Communication Research en los efectos a corto plazo (Saperas, 1987). Y, en línea con el debate abierto desde 1985 en los Cultural Studies sobre el papel desempeñado por la historia en el análisis del presente (Morley, 1998b: 424), obliga a leer el pasado y lo social lejos de la mitificación con la que, según Fox (1997), la historiografía del siglo XIX definió España a partir de la historia, la literatura y el arte, llegando a inventar una tradición y una identidad nacional.

Como sitúa gran parte de su campo teórico en las disciplinas discursivas que conforman el paradigma del significado, esta investigación queda sometida a los riesgos de la confusión que viven actualmente los estudios lógicos y semióticos relacionados con el mundo del significado e, incluso, de la enunciación (Maldonado, 1994; 175). Así asume los cambios en el concepto de mensaje producidos por el encuentro entre la semiología y los estudios culturales, de forma que ya no se concibe como una correa de transmisión de contenidos, sino como producción de sentido a través de los diferentes diálogos que activa el texto (Morley, 1998b: 426); por esa misma lógica, se traspasa el logocentrismo de la lingüística presaussuriana para llegar al estudio de realidades sociales no verbales desde el discurso: Si todo elemento material que significa constituye un texto (Lotman, 1978: 69) o, su aproximado equivalente, que toda materialidad de un lenguaje actúa como un texto (Schmidt, 1978:

147), cualquier realidad social puede ser leída como un conjunto estructurado de símbolos (Habermas, 1987); y, por último, la comprensión de los discursos y los textos no pasa por la búsqueda de una cualidad específica que defina su naturaleza diferencial (Todorov, 1970; Jakobson, 1977, 1983) ni por lo que pudieron tener de materialización de códigos lingüísticos, narrativos o culturales (Greimas, 1971; Propp, 1977), sino que se estudian en función de su socialización como signos (Verón, 1997) y, por tanto, en la visibilidad "plena y definitiva" de su singularidad social (Bajtin y Medvedev, 1994: 75).

Este campo teórico se completa con el objeto de conocimiento, la forma en que la sociedad aragonesa vivió la movilización colectiva generada alrededor de la demanda autonomista, de la oposición a los trasvases y del conflicto por el convenio televisivo. Esta realidad social se ha revelado ya lo suficiente compleja y extensa como para exigir, por un lado, un enfoque interdisciplinar y, por otro, una acotación de lo que se considera pertinente o irrelevante de aquella socialidad. Para Núñez (Núñez, 1993:8), "el lenguaje, la familia, las instituciones jurídicas elementales, y también la escritura" forman parte "de este acervo de convenciones cuya práctica es anterior a toda explicación teórica o cuya teoría es posterior a su afianzamiento práctico y utilidad social". En ese horizonte una parte importante de la realidad social acusaba un alto grado de convencionalidad antes de comenzar el proceso y, por tanto, resulta más fácil dar visibilidad a la significación de sus discursos y conductas. Por no citar otras posibilidades, la tradición que en la sociedad aragonesa tiene el sentimiento de agravio y menosprecio, e incluso el victimismo, hace más transparentes algunas marcas enunciativas de este texto. Partiendo de la dificultad que han mostrado los enfoques lingüísticos para encontrar lógicas de funcionamiento en los lenguajes no verbales o, incluso, de la voluntad de leer los signos como una productividad social inserta en un proceso histórico concreto, esa centralidad de algunas convenciones colectivas facilita el acceso a una parte del sentido producido.

2.1.1. Objeto de estudio y marco teórico

Esta investigación se plantea el análisis discursivo de un proceso social que, en su construcción y funcionamiento como texto, incluye los siguientes actores y aconteceres, en unos casos secuenciales, en otros simultáneos:

1. Firma del Pacto Autonómico entre el Gobierno de España, el Partido Socialista y el Partido Popular (28.2.1992); respuesta dada por algunos partidos y agentes sociales aragoneses a ese acuerdo que, en su opinión, limitaba el autogobierno y el techo competencial de Aragón respecto a

las Comunidades *históricas* y no respetaba los plazos fijados para las Autonomías que accedieron a su autogobierno en aplicación del artículo 143 de la Constitución; convocatoria por parte de la Mesa de partidos (PAR, IU, CHA, CDS, PP) de una manifestación en demanda de Plena Autonomía para Aragón y su preparación y celebración (23.4.1992) en Zaragoza, según estimaciones oficiales, con la participación de 120.000 aragoneses. Este proceso incluye el acontecer social tal como lo construyeron a partir de sus discursos y sus conductas las instituciones públicas, los agentes sociales y la sociedad.

2. Las Cortes de Aragón acordaron crear una Comisión Especial para elaborar una propuesta de Estatuto de Autonomía que recogiera la demanda de autogobierno pleno expresada en la manifestación; ese proceso institucional fue bloqueado por el PSOE que acabó rechazando el texto elaborado por esa Comisión de la que inicialmente había formado parte; simultáneamente, las Cortes de Aragón tramitaron la reforma del Estatuto derivada del Pacto Autonómico con el voto favorable de PSOE y PP; ante la falta de mayoría parlamentaria suficiente para la aprobación en las Cortes de Aragón del Estatuto de autonomía plena por la oposición del PSOE, la Mesa de partidos convocó una concentración en las puertas del Congreso (15.2.1992), apoyada por 10.000 aragoneses, según la cuantificación medial. Ese proceso incluye, también, conductas y discursos de instituciones, partidos, actores sociales y participantes.

3. Tras varios meses de sequía, en los primeros días de 1993 el Gobierno de España presentó un anteproyecto de Plan Hidrológico Nacional que incluía seis trasvases de la cuenca del Ebro a otras cuencas y 156 embalses. Diversos medios informativos incidieron en los efectos negativos de la sequía en la España *seca* y apoyaron la interconexión entre cuencas. El Gobierno de Aragón y algunos medios informativos se mostraron en desacuerdo con esas propuestas. La polémica derivada de esas posiciones contrapuestas creó un malestar social en Aragón que, sumado al diferente trato dado en las Cortes de Aragón a la reforma estatutaria derivada del Pacto Autonómico y a la que recogía la demanda de autonomía plena, derivó en una nueva convocatoria de manifestación, en esta ocasión en apoyo de la Autonomía Plena y en oposición a los trasvases. La convocatoria (23.4.1993) contó con 120.000 participantes, según los medios. La continuidad temporal con la campaña electoral facilitó que estos issues dominaran el debate político e influyeran en el voto (6.6.1993) a las Cortes Generales.

4. El Gobierno de Aragón y Antena 3 Televisión suscribieron (2.7.1993) un acuerdo por el que, mediante una compensación económica de la Comunidad Autónoma, esta cadena privada regionalizaba para todo el territorio aragonés tres horas diarias de su programación a partir del 12 de

octubre de 1993 y durante los tres próximos años. Aduciendo la alteración en la libre competencia que, en su opinión, suponía este convenio, una parte de los medios de comunicación radicados en Aragón se opuso a que entrara en funcionamiento; en esas críticas contaron con el apoyo inicial de IU y, posteriormente, del Partido Socialista. Tras varios meses de tematización mediática y de diversas iniciativas judiciales y políticas, entre ellas las quejas presentadas ante el Justicia por quienes apoyaban o se oponían al Gobierno autónomo, el Grupo Parlamentario Socialista presentó una moción de censura, cuya votación ganó con el apoyo de un diputado tráfuga del Partido Popular (15.9.1993). La sustitución del Presidente de la Comunidad Autónoma puso fin a la dinámica social e institucional abierta tras la firma del Pacto Autonómico.

La pretensión de leer este acontecer social como un posible proyecto de construcción nacional (4.1.2.3) o como una puesta en juego de las principales relaciones sociales de poder (4.2.3) traslada la producción de conocimiento más allá de las disciplinas lingüísticas. No se trata sólo de que no se busque convertir este uso de lo discursivo y textual en una teoría general de la acción humana, a la manera que Núñez (1993:10) atribuye a la teoría del texto. Es, más bien, que la centralidad de algunas determinaciones económicas y sociales o que los múltiples entrecruces con la historia y la cultura de esta vivencia social obliga a usar un vasto marco teórico que entrecruza modelos comunicativos y sociológicos, pero también conceptos de las ciencias políticas o de la filosofía. El empeño por entender el sentido en términos de cultura y poder no sólo aconseja mantener la concepción textual y culturalista de lo discursivo; más bien acerca el análisis a ese amplio campo teórico que se abre entre el marxismo y la semiología o, como prueba la naturaleza empresarial del conflicto audiovisual y la presencia latente de lo burgués en la reivindicación autonomista, a las disciplinas económicas. Ni siquiera la visión más holística de la Teoría Crítica o de los Estudios Culturales asegura una visión integral del sentido ante el espesor de este proceso social (3; 4).

Una parte importante de estas conductas sociales y discursos reenvían al contexto del estado nacional y al imaginario social que lleva asociado (4.2.1). En cambio, otros acontecimientos y mensajes dialogan con el entorno de la globalización (4.2.2). Si el sentimiento de discriminación se alimentó de aquel referente político de la modernidad, el énfasis en la competitividad territorial creció a partir de los temores y expectativas que generaba la internacionalización posmoderna. En uno y otro caso, las intertextualidades, los diálogos de lo textual con la historia y la cultura, se revelan tan centrales en la producción de sentido que tanto los procesos de comunicación y la misma significación requieren una lectura que, siguiendo a Williams (1992), incluya las funciones políticas y sociales o culturales de los signos o, si tomamos como referencia a A. Mattelart (1993; 1995), que se concentre en la inserción

de los signos en el sistema social y en el proceso histórico. Y, aún en el caso de comprender la comunicación en toda su complejidad social y cultural (Martín Barbero, 1993) y no como un proceso que vehicula y transmite información (Escarpit, 1981; Moles, 1975), entra dentro de lo probable que la exigencia de las determinaciones económicas y sociológicas genere sombras o espacios vacíos en el conocimiento que, finalmente, esta investigación produzca.

Núñez (1993: 10) ha denunciado "la pretensión integradora y globalizadora" de algunos enfoques, sobre todo provenientes de la filosofía del lenguaje, "empeñados en fundir la lingüística en una ciencia general de la acción humana". Esta prepotencia epistemológica recuerda en algunos aspectos el exceso de confianza en sus capacidades analíticas que caracterizó a una parte de la semiología en la década de los setenta. El mismo Greimas (1971: 7) veía el sentido de las actividades humanas y sociales como la única forma de "transformar el inventario de los comportamientos humanos en antropología y las series de acontecimientos en historia". Y un optimismo teórico similar llevó a Eco (1978) a formular esbozos de lógicas universales de los signos o a los analistas estructurales del relato a dibujar supuestas gramáticas de la narración (Bremond, 1970, 1972). Esta investigación no sólo se distancia de esa hipervaloración de la significación que les ha llevado a ver en ella la explicación transcendente de cualquier realidad social; interesada, sobre todo, por comprender los procesos, los diálogos y las situaciones que en este acontecer aragonés hicieron posible la comunicación y el sentido, esta propuesta se siente más cerca de la lingüística del habla que de la que enfatiza los códigos y, sobre todo, cree necesario integrar la búsqueda del sentido en el discurrir de aquellas ciencias humanas y sociales que ayuden a comprender este proceso social como un texto.

Como anota Kristeva (1978), algunas lecturas de lo real a partir del signo han reducido la producción de sentido a las relaciones que aquel establece consigo mismo, con sus usuarios o con la realidad que representa, en suma a las visiones sintáctica, pragmática y semántica. Desde que Morris pergeñó esta cara tripartita de la significación, algunas líneas de la semiótica, de la teoría del texto o de la lingüística han hecho de la pragmática el centro de sus preocupaciones analíticas. De esa forma, frente a la búsqueda de los universales lingüísticos que guían los modelos generativos (Nique, 1974), han puesto de manifiesto que el texto se define como actividad comunicativa producida en situaciones históricas concretas (Schmidt, 1978; Hernández, 1996) y, por tanto, el valor de intercambio social y cultural que supone la comunicación (Martín Barbero, 1993; Mattelart, 1993) y, lo que resulta aún más relevante, la contribución que, con sus contradicciones y limitaciones, los usuarios hacen a la producción del sentido (Curran, Morley y Walkerdine, 1998). Por más que no se consideren suficientes para ahondar en el sentido de este proceso social, estas formas de leer la comunicación se revelan capaces de

explicar algunos de los procesos semióticos activados a lo largo de este acontecer, como las descodificaciones aberrantes o la resistencia que mostraron las audiencias aragonesas a algunos mensajes del bloque social dominante (4.2.1; 4.2.3).

Incluso el uso de la propuesta estructuralista y semiótica de ligar el sentido a procesos inmanentes de los lenguajes y los códigos abre puertas a algunos aspectos de esta discursividad social. La aplicación del modelo actancial a los relatos de los diarios aragoneses facilita la comprensión de cómo y por qué se demonizó socialmente el centralismo político o el gobierno aragonés (4.1.1; 4.2). La misma literariedad de Jakobson (1977) facilita el acceso a los dispositivos y las intenciones por las que la discursividad social acabó dominada por lo emocional simbólico, a costa de sacrificar lo informativo. Usadas de forma selectiva, estas herramientas analíticas aparecen más útiles que algunos enfoques holísticos, como la teoría de la acción comunicativa de Habermas (1994), porque, aún integrando lo comunicativo y lo social con el objetivo de lograr una visión integral de lo real, revelan suficientes vaguedades como para dudar de su capacidad como procedimiento analítico sistemático. Cuando Habermas afirma que la teoría de la acción comunicativa libera "un potencial de racionalidad instalado en la propia praxis comunicativa cotidiana" (Ibid, 22) e, incluso, propicia una ciencia social que reconstructivamente identifica "en toda su extensión los procesos culturales y sociales de racionalización" y los remonta "incluso por detrás de los umbrales de las sociedades modernas" (Ibidem), se apoya en el discurso más especulativo, de generalización tan gratuita como excesiva, de la teoría crítica.

La comprensión de lo mediático y de lo partidista en este proceso social aconseja asumir la insuficiencia semiológica de los textos si se contemplan fuera del entorno social en que se producen (15); pero, al mismo tiempo, somete la necesidad de trasladar lo textual a la cultura como espacio estratégico de contradicción y de construcción del sentido a la sujeción a lo concreto, al intercambio simbólico efectivo. Aún así, se asumen algunas aportaciones de la tradición crítica, ya que, como prueban los conceptos de hegemonía o ideología, ayudan a profundizar en las interdependencias de cultura y política (16). La apuesta por analizar las complejas relaciones del sistema medial aragonés con las instituciones públicas o los cambios que pudieron producirse en el sentimiento de pertenencia con que una parte de los aragoneses viven su relación con lo español obliga a incorporar esos conceptos y marcos teóricos de la tradición marxista, porque aportan procedimientos y perspectivas que ayudan a una comprensión más completa, si no holística, de este acontecer aragonés. Aún así, quedarán sin explicar algunas conductas sociales, como, por ejemplo, el grado de efervescencia social que llegó a alcanzar la movilización autonomista o la fuerte animadversión a lo catalán y al Estado

centralizado que se acabó generando. En estos casos, el análisis obliga a ir más allá de la cultura, los discursos y de las relaciones económico sociales, para buscar respuestas en el campo de la psicología social.

2.1.2. Problemas de una formulación

Este campo de investigación reclama, si se pretende hacer inteligible su valor como discursivización de lo real y su funcionamiento como texto, una lectura exigente e interdisciplinar que afecta tanto al campo de estudio como al marco teórico aplicable. El necesario eclecticismo teórico que imponen ambos aumenta el riesgo de contradicciones metodológicas y epistemológicas (17). Por tanto, además de acotar con precisión las preguntas sobre las actividades comunicativas y textuales que generó este proceso social (cap. 3) o sobre el valor social que acabó dotándolas de sentido (cap. 4), exige también estructurar con rigor la coherencia interna de la teoría y de la realidad social objeto de estudio. En ese horizonte, las diferentes intertextualidades sociales, en concreto el clima social de la España de 1992 o la crisis económica de 1993, e históricas, como las *Alteraciones* de Aragón al finalizar el siglo XVI, amplían aún más el campo objeto de estudio y lo hacen más complejo. Sin embargo, guían la lectura del acontecer desde la producción de identidad o de puesta en cuestión de la hegemonía. Así dan cohesión interna al corpus objeto de estudio y clarifican algunas de las preguntas.

Con todo, la complejidad práctica y conceptual que aportó lo intertextual puede devenir en obstáculo epistemológico. Entre otras razones, porque dificulta cualquier aplicación estadística e, incluso, el empirismo cualitativo y, en general, circunscribe esos diálogos a lo que de ellos late en los discursos de las instituciones y los sujetos. Aún así, como se busca una comprensión integral de esta productividad social, ese diálogo con el pasado resulta tan necesario como leer las interacciones que, en cuanto prácticas sociales, generaron con la cultura y el imaginario social. De hecho, esa mirada abre oportunidades de conocimiento: Las conexiones entre el acontecer social objeto de estudio y su sistema social o el proceso histórico del que formó parte ayudan a comprender en qué medida la movilización social aragonesa formó parte de la redefinición del estado nación (Tortosa, 1994, 1996; Giner, 1994) o de las identidades territoriales, procesos ambos vigentes y crecientes en Europa; de la misma forma, las exigencias de la crisis económica en una sociedad periférica del mercado global facilitan la comprensión del frente empresarial que plantearon los medios ante el convenio audiovisual, sobre todo si asume que las redes y los flujos marcan relaciones económicas y de poder cada vez más desiguales y concentradas (Mattelart, 1993, 1994; Schíller, 1996).

Como lectura discursiva de lo real, esta investigación contempla la comunicación de masas como uno más de los discursos presentes en una sociedad. Mira, pues, los discursos sociales a través de los que se construyó este acontecer colectivo y la traslación que tanto el intercambio o la producción simbólica como los acontecimientos acabaron teniendo en la identidad colectiva y en las relaciones sociales de poder. El horror del positivista a asumir que hasta lo real empírico está fabricado no evita la constatación de que toda sociedad humana está en constante fabricación (Durhan y Rothenbuhler, 1996). Por tanto, aunque la conciencia humana no sea una construcción reflexiva del sujeto pensante o la actividad pensante de la conciencia sea anterior al sujeto reflexivo que trata de construirla (Núñez, 1993:8), se elude cualquier tentación por considerar ese acontecer o su discursivización como un proceso natural (3; 3.1). Los discursos construyen una realidad de segunda mano, simbólica, que se apoya en convenciones propias de cada lenguaje (Barthes, 1970:50). Incluso la misma historia supone "una obra de construcción y representación" porque "los hechos nada significan sin las teorías y los conceptos" (Baxendale, 1994: 45). Ese carácter cultural de lo real está en la base de cualquier percepción subjetiva de lo social y, por tanto, también de este análisis de un acontecer social a través de la significación.

Aún aceptando la centralidad de la comunicación de masas, otros discursos participaron en este proceso y lo construyeron como realidad social. De hecho, el liderazgo social de las instituciones de autogobierno (4.1.1.1) y el pulso político con el centro político estatal que abrió la reivindicación (4.1.2.3; 4.2.1) reenvía al protagonismo de la comunicación pública, en particular de la generada por el sistema político; de la misma forma, la resemantización realizada por las audiencias, que hicieron posible algunos efectos sobre las imágenes de los partidos, las instituciones y los liderazgos o incluso sobre las creencias (4.1.2; 4.1.2.1), da valor a la interacción social activada mediante la comunicación intersubjetiva (Schmidt, 1978; Lambín, 1991). Los entrecruces de estos discursos y tipos de comunicación social explican que, lejos de vehicular sólo información, construyeron sentido a partir de cómo socializaron los signos (3.2). La inteligibilidad que puede aportar la comunicación interpersonal queda limitada por la escasez de fuentes y datos para conocer cómo funcionaron esos procesos, por lo que, siguiendo a Wolf (1994), deberá reconstruirse mediante inferencias o, a la manera apuntada por Ang (1997), aplicando algunos datos estadísticos, aunque sean parciales e insuficientes. Similares dificultades presenta el buceo en los entrecruces de los diferentes discursos y formas de comunicación social.

La discursivización de este acontecer requirió una amplia polifonía social. De ahí que, aún dentro de su preeminencia en este acontecer, la comunicación de masas no oculte a los demás discursos y tipos de comunicación. Desde el punto de vista epistemológico y metodológico, esa pluralidad de voces aporta ventajas y problemas: En concreto, cada discurso opera sobre distinto referente y, dado el carácter histórico o pretendidamente realista de todos ellos (18), esa referencia valida el mensaje tanto o más que el código; en consecuencia, el protagonismo del acontecimiento noticioso, del acontecer social o de la cotidianidad subjetiva (19) y su interacción pudo enriquecer el sentido y facilitar la producción de conocimiento empático, pero también hacer más difícil de medir lo que cada uno de ellos aportó a la significación (Jensen, 1993: 29). Incluso, aunque todos ellos se adecuan a los paradigmas semiótico textual y culturalista de la comunicación (Wolf, 1991), esa diferencia de referentes se acompaña de ámbitos de uso también distintos y, además, de un marco teórico lo suficientemente diferente para incorporar conceptos, categorías o métodos analíticos distantes.

Teniendo en cuenta todas estas variables, la formulación del campo de investigación y su delimitación posterior exige definir con claridad cuestiones básicas que afectan tanto al campo objeto de estudio como al corpus teórico que se utiliza como herramienta analítica:

Primero, esta investigación se concentra en una lectura textual del acontecer social generado a partir de la reivindicación autonomista e hidráulica aragonesa y el conflicto social generado por el convenio audiovisual suscrito entre la Diputación General de Aragón y Antena 3 Televisión. Al leerlos desde el lenguaje y la significación, se entiende que esa realidad social fue construida a través de distintos tipos de comunicación, ya fuera mediática, pública o intersubjetiva, y, por tanto, adquiere un carácter cultural, semiótico.

Segundo, lejos de entenderlo como un espacio cerrado y autónomo de lo social, ese texto se concibe como parte de un proceso histórico y en permanente entrecruce con otros textos. Por tanto, amplía el campo objeto de estudio a otras realidades sociales con las que dialogó, entre ellas movimientos sociales de reivindicación producidos en momentos previos de la historia de Aragón, el clima social español a lo largo de 1992 o la crisis económica de 1993 y el debate sobre los flujos en este mundo global. Además, al optar por un concepto de la significación más ligado al funcionamiento social del signo que al código, modifica la prioridad del marco teórico, revalorizando conceptos como la identidad, la ideología y la hegemonía.

Tercero, dado que este análisis discursivo del acontecer social se lleva a cabo desde un paradigma comunicacional más ligado a lo semiótico textual o a lo cultural y lejos del cibernético informacional, se descarta una lectura funcionalista de la comunicación o una reducción de los procesos comunicativos a la cultura de masas. Por ello, no sólo se estudia el acontecer generado por los medios o su representación del acontecimiento a partir de la noticiabilidad; también se atienden las prácticas sociales cotidianas en las que coexisten esos diversos tipos de comunicación y en las que pudo resignificarse lo medial y determinar el comportamiento colectivo o, en términos semióticos, la significación.

Cuarto, el marco teórico reafirma su naturaleza ecléctica, con entrecruce de conceptos, teorías y modelos analíticos procedentes de diversas ciencias humanas y sociales, en particular de la teoría política, la psicología social, la filosofía, la comunicación de masas, la sociología, las disciplinas lingüísticas, la etnografía, la antropología y el análisis cultural. Desde ese posible espacio común se analizan problemas, como los nacionalismos o la construcción medial de las identidades, que se han incorporado al debate masivo en el ambiente epistemológico postmoderno; también, se supera el aislamiento de lo social e histórico a que ha sido sometido el texto en nombre de su autonomía y de la científicidad del análisis: En línea con la reflexión cultural, esta propuesta hace de la comprensión del sentido una posibilidad de análisis social.

Quinto, dentro del proceder científico pero sin descartar el diálogo con formas de pensamiento mítico, esta investigación persigue la producción de conocimiento teórico, aunque no supedita a esa teoría su validez como análisis. De hecho, en lugar de aplicar modelos a la real social o tender hacia formalizaciones excesivas, prima la descripción e interpretación de los procesos sociales y comunicativos o discursivos. En ese sentido, la apuesta por un marco teórico que posibilite una visión holista de lo real objeto de estudio conduce a evitar, en igual medida, posibles enfoques reduccionistas o mitificadores, un empirismo excesivo o, su contraposición, modelos teóricos especulativos de dudosa aplicación.

Si la preeminencia del referente en los discursos históricos revaloriza su carácter semiótico, esa constatación de que la realidad es construida también impone la evidencia lógica del protagonismo que en ese proceso asume el sujeto cognoscente. De hecho, la tradición humanística europea enfatiza que sólo a través de su participación se hace inteligible lo real histórico. En este caso, la inserción de lo subjetivo traspasa el procedimiento analítico hasta convertirse en parte del campo de investigación, puesto que lo real objeto de estudio incluye la participación del observante en su construcción como

acontecimiento medial y como acontecer social. En ese sentido, dando por resuelto el obstáculo empirista que ligaba la validez del dato y el conocimiento científico a su objetividad (Jensen y Jankowski, 1993), se usa lo subjetivo desde la convicción de que va a favorecer la producción de conocimiento científico. Incluso, aunque esa subjetividad introduzca limitaciones que en el procedimiento analítico y en el propio interpretante (Lang y Lang, 1993:234) o haga dudar sobre la posibilidad de conocer en su integridad (20) lo real histórico (Levi Strauss, 1964: 372).

En cualquier caso, la naturaleza social de la realidad que se estudia delimita la parte de la subjetividad que se ve afectada por esta investigación. Como sostuvo Durkheim (1976:39), denominamos hecho social a "todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer sobre el individuo una imposición exterior; o también, que es general en la extensión de una sociedad dada, al mismo tiempo que posee existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales". Por ello, dejan de ser pertinentes todos aquellos aspectos del yo participante que tienen carácter personal y no social. En la medida que diferencia lo social y lo personal, Durkheim (1976: 18) otorga prioridad al grupo, porque "está constituido de distinto modo que el individuo y las cosas que le afectan tienen otra naturaleza. Para comprender el modo en que la sociedad se representa a sí misma y el mundo que la rodea es necesario considerar la naturaleza de la sociedad y no el de los particulares". Sin equipararse, esta socialidad del yo reenvía al concepto de comunidad interpretante (3.2.2) acuñada por Morley (1997, 1998a/b). Por tanto, avisa de que el observante operó también como un participante que compartió cultura e imaginario con quienes se manifestaron o implicaron en aquella reivindicación (capítulo 5), lo que adquiere valor si se acepta con Morley que ese *background* guía nuestra vivencia del acontecer social y la lectura de sus textos.

Además de enfatizar el peso de la socialidad sobre el interpretante, estas perspectivas dejan fuera de esa subjetividad social los elementos personales y, por tanto, reducen la parte del yo participante objeto de análisis. Con todo, esta incorporación al campo objeto de estudio de la subjetividad social del investigador y participante de aquella realidad amplía el campo material de investigación e incorpora nuevas dudas sobre la científicidad del pensamiento que pueda producirse. Para Jakobson, "el significado de un signo lingüístico equivale a su traducción a algún otro signo alternativo, especialmente un signo en el que aquel esté más plenamente desarrollado" (en Núñez, 1993: 14). Esta investigación configura un metalenguaje sobre la forma en que los sujetos vivieron aquel acontecer colectivo a través de los discursos y en esa construcción semiótica se confía en que la mediación de esa subjetividad conduzca a un sentido más completo y no opere como obstáculo epistemológico: Con ese fin, incorpora algunas formas de integración de lo subjetivo en el conocer científico y,

aunque prime la lógica del observador participante, no sigue ningún modelo previo ni traslada de forma íntegra sus herramientas analíticas. Más bien aprovecha las oportunidades, como en el caso de la retrospectiva analítica y los documentos conservados, a la manera de Gitlin (Tuchman, 1993: 107).

En ese aprovechar las capacidades del participante, se usa también la Observación de masas. Tal como la leen Kurt y Gladys Lang (1993: 239), este método permite analizar "expresiones colectivas de euforia, devoción o miedo", tomando como punto de partida la interacción entre la perspectiva del participante y la de los medios de comunicación. La explosión social que supuso la secuencia de acontecimientos culminados en las manifestaciones, en el voto electoral o en la moción de censura se adapta a esta comprensión de lo real social en sus marcos naturales. Si se atiende a lo que esos acontecimientos tuvieron de entusiasmo colectivo que los medios tematizaron como issue principal de unas jornadas festivas, incluso recuerdan el denominado *Día de MacArthur* estudiado por K y G. Lang. Sin embargo, sin despreciar el hito social que supusieron esas fechas ni su contribución a la creación de nuevas creencias o actitudes, esta mirada concentra su interés en la secuencia de los hechos, en el proceso a través del cual estos se desplegaron y penetraron en la conciencia pública, porque se considera que ese reforzamiento, cambio o creación de valores y conductas no se circunscriben a las cuatro manifestaciones, sino al desarrollo temporal y continuo de la movilización (3.2; 4.1; 4.2).

Al margen de estas aportaciones puntuales, la Observación participante permite describir e interpretar hechos, situaciones y acciones sucedidas en un escenario social concreto y en los que, como es el caso, "el observador participa en la vida cotidiana de la gente que está siendo objeto de estudio" (Jankowski, 1993: 77). Dada la primacía que se concede a la descripción e interpretación como herramientas analíticas de este acontecer, este método se revela adecuado a esa comprensión de lo concreto. Sin olvidar que plantea algunas limitaciones epistemológicas, sobre todo las referidas al logro de una amplia generalización, este enfoque cualitativo abre oportunidades de conocimiento y de método, sobre todo porque permite combinar diferentes técnicas de recogida y tratamiento de datos (7.4.1; 7.4.2), algo que facilita la cohesión de un aparato conceptual y teórico tan ecléctico. Tiende su mirada comprensiva hacia los grandes acontecimientos o hacia "las actividades y significados de la gente común" (Barker, 1994: 12), este análisis concentra su interés no tanto en la acumulación de datos estadísticos o en el cruce de variables para elaborar modelos y teorías como en la forma en que los sujetos vivieron este acontecer y le dieron sentido a través de los discursos, de la comunicación y de su socialidad.

Con esta perspectiva la realidad social también se circunscribe al acontecer público, igual que la participación del sujeto se limita a su subjetividad social. Se considera acaecer público lo que puede ser conocido por una comunidad a través de los sistemas de comunicación existentes (Martín Serrano, 1978). Esa naturaleza pública de los espacios desde donde se construyó la realidad alcanza, por tanto, a las comunicaciones interpersonales que permitieron resemantizar lo social desde la experiencia individual (Ang, 1997; Morley, 1997, 1998a/b) o doméstico-familiar (Barker y Beezer, 1994). Este interés por el valor simbólico de lo cotidiano o por sus interacciones con lo mediático redimensiona el campo de estudio y, al mismo tiempo que le otorga nuevas perspectivas, también le obliga a cruzar marcos teóricos y métodos más bien distintos. Así las aportaciones de la sociología empírica permiten comprender estadísticamente algunos de los efectos derivados de la comunicación medial, institucional e interpersonal y, por su parte, la semiótica narrativa o la estructura de la acción facilitan la comprensión de cómo vivieron unos y otros sujetos sociales los relatos este acontecer comunitario. En concreto, más allá de lo que pudieron semantizar los medios, los modos narrativos de los participantes y su reparto actancial hacen visibles el grado de demonización del centralismo y de quienes lo personalizaron.

Esas diferencias de método y marco teórico quedan compensadas por la cohesión que aporta la pertenencia de todos los enfoques al *paradigma del significado* y por el objetivo epistemológico de hacer visibles los valores y visiones del mundo que las diferentes formas de comunicación y prácticas sociales construyeron de forma aislada o en interacción. Por esa misma lógica la contribución del ocio y el tiempo libre como espacios desde donde se construye la identidad y la dominación (Martín Barbero, 1993) o del espectáculo como nivel que redefine todas las demás significaciones (Hebdige, en Beezer: 1994) complican el campo objeto de estudio y el marco teórico, pero se integran en ambos corpus por lo que tuvieron de formas de enculturación y socialización. Martín Serrano lee la comunicación pública como "una de las actividades enculturadoras que intervienen en la socialización de las gentes" (1986: 38). De ahí que, a través de unos discursos u otros, de la comunicación masiva o interpersonal, de la noticia o del espectáculo, esta construcción de lo social converge en lo que tuvo de creación de valores y sistema de creencias (4.1) y, por tanto, en lo que tejió de relaciones sociales (4.2).

De esta forma, esta investigación se aleja del papel secundario que la *Communication Research* otorgó a las comunicaciones no masivas, al valorar que en la sociedad de masas los medios pueden con todo; igualmente, se obvia la reducción de la comunicación intersubjetiva al doble flujo o a los grupos primarios, a la manera que en su momento definió Lazarsfeld (Saperas, 1985). Más bien, como se

prima la polifonía social y las interacciones que facilitaron su función enculturizadora, adquiere valor la selección del acontecer social que realizaron los diversos discursos y cómo cada uno de ellos coadyuvó a la agenda temática que hizo de estos *issues* el centro del debate público (21); de la misma forma, se revalorizan los componentes ideológicos de los discursos (Cohn, 1974b) o los silencios y omisiones que, como la relación publicitaria del Gobierno con los medios aragoneses, nunca se explicitaron. Según Wolf, (1991: 188), para comprender e interpretar un texto resultan esenciales los elementos que no están expresados. Por ello, además de devenir en objeto de estudio, esos silencios devinieron en marcas relevantes: Como dice Lotman (1978), la ideología se muestra también en lo que no se dice o queda fuera del texto.

Dado que el texto se entiende como un espacio en blanco que va llenándose a partir de una primera escena y de las modificaciones posteriores escenas (3.1), la línea temporal se convierte también en un instrumento básico para el análisis e interpretación de esta discursivización de lo social (2.1). Para el paradigma culturalista (Martín Barbero, 1993; Fiske, 1989) e, incluso, para los discursos sobre el nacionalismo (Llovera, 1996; Hobsbawm, 1991), cualquier valor simbólico en el uso del tiempo y el espacio cobra relevancia epistemológica. En este caso, a la relevancia de la temporalidad del acontecer se suma la de los discursos y el texto. De hecho, el perfil durativo de la movilización y el eje de las sucesividades de los signos facilitan un análisis diacrónico de este objeto de estudio a partir de varios cortes sincrónicos (Todorov, 1970b). El interés se concentra así en cinco momentos ligados a otros tantos acontecimientos sociales: La manifestación autonómica (23.4.1992), la concentración en las puertas del Congreso (15.11.92), la polémica hidráulica durante el mes de enero de 1993 y la manifestación por el agua y la autonomía (23.4.1993), el conflicto audiovisual y el debate de la moción de censura (15.9.93).

La pretensión de comprender algunos de los efectos producidos la comunicación de masas en esa continuidad secuencial y de los discursos revaloriza ese parámetro temporal y la perspectiva diacrónica del análisis como variables de la investigación. En ese horizonte, a la temporalidad de los hechos y de los discursos se sumó la de las audiencias activas, los sucesivos momentos en los que los públicos resemantizaron las propuestas textuales de los medios. E, incluso, la influencia de lo intertextual en la producción de efectos cognitivos aconseja sumar también esa actualización de determinados fragmentos del pasado comunitario o de otros acontecimientos coetáneos, cuando no simultáneos. Dado el carácter transgeneracional de lo identitario o de lo nacional (López Aranguren, 1994), la búsqueda de atisbos nacionalista en este acontecer social hace aún más imprescindible tener en cuenta esa *larga duración*, a la manera de Braudel (23), y el entrecruce de pasado, presente y

futuro. Por esa misma razón el deseo de leer lo que hubo de efecto masivo en el éxito de las manifestaciones, en los resultados electorales de 1993 o en la vivencia identitaria de estos acontecimientos sitúa en el centro la temporalidad, ya sea mirando en el corto plazo, algo habitual la *Mass Communication Research* (Saperas, 1985), o en el medio y largo plazo, tendencia dominante en las más recientes teorías sobre los efectos (Wolf, 1994).

Tanto si se atiende a los cambios que produjo la movilización sobre la forma en que los aragoneses se viven como comunidad y su relación con el Estado (Ansó, 1992, 1993a/b) como si se mira el conflicto televisivo como un devenir más de un proceso abierto en 1985 (Diputación General de Aragón, 1984, 1991; Costa y otros, 1987), aparece clara la necesidad de primar la medición de los efectos a medio y largo plazo. En cualquier caso, la necesidad de seguir la conversión de la autonomía plena y el agua en parte central de la agenda pública (3.2; 3.2.2) o la centralidad de la cultura de masas donde se impone una temporalidad volátil, instantánea, revaloriza el corto plazo. En uno y otro caso, se prueba que, al preferir un enfoque que siga la construcción y el desarrollo de los procesos por encima de la formalización, el eje saussuriano de las sucesividades se impone con la misma fuerza que lo hace en las disciplinas históricas (Mattelart, 1993). En ese sentido, el mundo de los signos participa de esa lógica que, según Todd (1995: 23), tiende a primar el análisis temporal de los fenómenos, a costa, incluso, de sacrificar el componente espacial. Como busca cambios sociales en creencias, valores, actitudes y comportamientos que se hubieran podido producir como efecto de la movilización y su construcción desde los discursos o la perspectiva histórico social desde la que se analiza lo real, este análisis prima también la perspectiva temporal sobre la espacial. Sin embargo, el carácter comunitario de este acontecer y su profunda relación con el territorio (4.1.1.5; 4.2) obliga en este caso a tomar en consideración la variable espacial en su sentido geográfico, social, cultural y antropológico.

De esa forma, la elección del 23 de abril, día de Aragón, para celebrar las manifestaciones autonomistas adquiere un valor semiótico equiparable a la decisión de acabar en la Plaza de del Pilar la manifestación autonomista de 1993 o de celebrar ante las Cortes Generales la concentración convocada para el 15 de noviembre de 1992 en Madrid. Si aquel espacio remite a la importancia de las teofanías en la identidad aragonesa (Lisón Tolosana, 1992:176), la elección de la primavera y el otoño podría no parecer ajena a un pueblo ligado al ciclo productivo de la tierra (Vidal, 1986). Pero, además de su sentido simbólico o antropológico, las variables espacio y tiempo condicionan el campo de investigación, el método y los objetivos de conocimiento. La atención a la naturaleza histórica del proceso o a la acumulatividad de los efectos conduce a adoptar técnicas de investigación longitudinales en lugar de transversales, porque sólo ese tipo de investigación "permite seguir el

desarrollo de la dinámica de influencia mediante la recogida de datos en el tiempo" (Wolf, 1994: 168); la pretensión de analizar el papel del territorio como atributo identitario (4.1.1.4) o la forma en que los sujetos se vivieron a partir de cómo percibieron sus relaciones con otros territorios (3.1.2; 4.2) revalorizan una visión culturalista del espacio.

Como ha señalado Todd (1995: 23/4), incluso en enfoques históricos "el espacio mismo parece convertirse en actor de la historia, en un determinante del destino de los hombres". Eso se acentúa cuando, como en este caso, se analiza un posible proyecto de construcción nacional (4.1.2.3), lo que afecta de manera directa a la identificación de una comunidad con su territorio. Tomando como referencia la globalización, Keating (1996) habla de reinventar el territorio, porque este, además de ser escenario de nuevas formas políticas, "se convierte en vínculo importante entre los fenómenos mundiales y la experiencia individual"; Mattelart (1993) avisa, incluso, de que esta mediación reterritorializa la información que se produce en el Sistema-Mundo, haciendo posible que los sujetos localicen los mensajes globales. El mismo Todd (1995) constata que los estados-nación no constituyen un espacio homogéneo desde el punto de vista antropológico y reclama por ello el protagonismo de las comunidades geográficas y culturales. Dentro de los Estudios Culturales, Morley (1997) ha enfatizado el conjunto de valores compartidos que alientan tras cada comunidad interpretativa y Schudson (1993) ha considerado imprescindible el territorio para explicar la interdependencia de comunicación y nacionalismo.

Al entender la nacionalidad como una comunidad imaginada, se llama la atención, por un lado, sobre los discursos que hicieron posible esa construcción y, por otro, en la ingeniería social que supone ese proceso. Otras épocas históricas y culturas atribuyeron ese papel a la epopeya y la épica (Daniel, 1995), la novela y el folletín (Gramsci, 1977) o el cine y el melodrama (Martin Barbero, 1993); en este siglo, se ha asumido la centralidad de los discursos masivos a la hora de hacer posible que los sujetos se perciban como parte de una comunidad diferenciada (24). Más allá de que algunos participantes leyeran este proceso social en clave de lucha por la hegemonía a partir de la identidad (Eiroa, 1995), se hace necesario preguntarse, primero, si el sistema medial aragonés asumió ese papel de vanguardia identitaria y qué motivaciones le llevaron a imaginar de una u otra forma lo aragonés a lo largo de la movilización. Y, segundo, si esos discursos nacionalistas los interiorizó toda la sociedad o más bien se concentró en algún grupo social o territorio, a la manera que dibuja Todd (1995) cuando circunscribe la presencia de sentimiento nacional a Huesca por ser sociedad de familia matriz y la niega en Zaragoza y Teruel por predominar en ellas la familia nuclear igualitaria.

Esta combinación de perspectivas y de preguntas que se deben responder pone otra vez de manifiesto el carácter transversal entre las ciencias humanas y sociales (25) que caracteriza a esta investigación. Además de que hace más complejo el marco teórico y más extenso el campo de investigación, esa interdisciplinariedad aumenta la dificultad de producir conocimiento fiable. Por más que el paradigma comunicacional propicie un espacio epistemológico y metodológico común a disciplinas tan distantes, la distancia entre sus conceptos teóricos, sus herramientas analíticas y, sobre todo, sus apuestas de conocimiento limitan el grado de coherencia interna y de generalización teórica que se puede obtener. Resulta difícil afrontar a la vez mediante qué mecanismos esta pluralidad de discursos y de voces devino en un único texto y en qué medida este conflicto identitario mostró las relaciones sociales del sistema medial con la estructura aragonesa institucional y de poder; de la misma forma la combinación de perspectivas históricas y de la observación participante no sólo dificulta la comprensión de determinadas estructuras o modelos teóricos, sino que también limita la coherencia de una descripción e interpretación que debe aunar la implicación de los participantes con la visión distante del historiador. Ese logro de un procedimiento coherente queda más lejos si se combina el enfoque marxista del nacionalismo, leído en términos de condiciones y requisitos que conforman determinadas relaciones de poder en el marco de la modernidad (Hayes, 1931), con el formalismo exagerado de Greimas o Chomsky a la hora de dibujar modelos invariantes que expliquen lo social.

El protagonismo de la práctica científica permite en todos estos casos que el sujeto cognoscente elija unos u otros conceptos y herramientas de estas propuestas epistemológicas. Esas decisiones devienen en decisivas para la lógica interna del procedimiento y de la teoría utilizada, por lo que, siguiendo la recomendación de Jankowski y Wester (1993:73), en el capítulo cinco se expone con detalle y de manera diferenciada "la postura social y política del investigador, tanto en el ámbito político como en el foro académico". Esa subjetividad queda limitada, en cualquier caso, por la dependencia que el observante tiene de los documentos, puesto que su memoria sólo puede registrar lo que recuerda que vivió o estuvo en condiciones de percibir a partir de terceros. Igual que las conductas sociales plasmadas en documentos se mantienen invariables con el paso del tiempo, como prueban las publicaciones oficiales del Gobierno y de las Cortes de Aragón (7.2.5; 7.3) o los sondeos de opinión (7.4.1), los testimonios de la comunicación interpersonal generada en esos dieciocho meses quedan condicionada a su a la deducción que puede llevarse a cabo a partir de los textos masivos (26). La posición del partícipe, próximo a la Presidencia del Gobierno autónomo por el apoyo profesional que le prestaba, facilitó el acceso a numerosas informaciones relevantes sobre el acontecer social que proceden de conversaciones interpersonales o de las vivencias compartidas con los principales agentes de este proceso social. En algún caso, ha facilitado el uso de textos que no tuvieron

distribución social, como los sondeos de opinión encargados por aquel Ejecutivo o los textos judiciales relativos al convenio que suscribió con Antena 3 Televisión. Estas fuentes facilitan datos objetivables; el recuerdo o la memoria mantienen una alta carga de subjetividad, por lo que, en lo posible, se contrastan con otra fuente.

Por todo ello, esta formulación del campo objeto de estudio requiere fijar otros cinco principios analíticos, que afectan tanto a la realidad social estudiada como al marco teórico que se utiliza:

Sexto, la inserción de lo subjetivo en el campo práctico de estudio y en el proceder analítico se entiende necesaria, pero también compatible con las exigencias del discurso científico. Para ello, se circunscribe la presencia de lo subjetivo en el campo objeto de estudio a los aspectos sociales de la individualidad cognoscente, porque así lo impone el carácter público de lo real objeto de estudio y de la comunicación que lo construyó, y a aquellos datos contrastables por otra fuente. Para ello, se recurre a las oportunidades abiertas por el análisis cualitativo, de forma especial la Observación participante, lo que exige explicitar la posición del participante en relación con lo real que se estudia.

Séptimo, dado que lo real se estudia a partir de su componente cultural y, por tanto, de su construcción simbólica, el centro del análisis se sitúa en la productividad textual de los distintos discursos sociales, y de manera especial del mediático. Esa perspectiva vuelca el interés sobre el proceso de semiotización de lo real, lo que incluye tanto el proceso de selección de lo real que se aplicó en cada caso como el resto de la manufactura discursiva que revela el texto. Además de que expresan los usos ideológicos que las instituciones y actores sociales hicieron de sus discursos, esas marcas avisa también de la resemantización del texto que en el marco de la situación comunicativa y de los contextos de uso llevaron a cabo las audiencias.

Octavo, esa mirada de lo social como un entrecruce permanente de discursos y símbolos que producen un determinado texto obliga a atender de igual forma la noticiabilidad del acontecimiento medial o la visión del acaecer social vivenciada en la comunicación interpersonal y, sobre todo, sus interacciones. De esa forma se activan problemas teóricos, como la mutación que la espectacularización de lo real produce en el intercambio comunicativo o la importancia del ocio y el ámbito interpersonal en la dotación de sentido a los acontecimientos desde lo cotidiano; igualmente, se dificulta la reconstrucción del campo objeto de estudio, sobre todo porque una parte de los textos mediáticos, preferentemente de televisión y radio, no conservaron su materialidad y los

interpersonales o sociales ni llegaron a tenerla por lo que deben inferirse, en el primer caso, de los sondeos o los comportamientos colectivos y, en el segundo, de lo que recogen los mismos medios.

Noveno, los objetivos de conocimiento y las exigencias analíticas que derivan de ellos revalorizan la variable temporal, inserta ya en la realidad objeto de estudio incluye como uno de sus componentes: Sólo desde la secuencia es posible el enfoque histórico que se quiere aplicar a la comprensión de lo real o el respeto a la materialidad de los procesos que se intenta seguir mediante su descripción e interpretación, y por tanto limitando la formalización; la intención de seguir los efectos cognitivos y sociales producidos por este entrecruce de discursos o la voluntad de medir los posibles atisbos identitarios o de construcción nacional imponen la visión diacrónica y la opción por un tiempo que no se agota en la corta o media duración.

Décimo, la relación entre este proceso social y la comunidad que lo protagonizó revaloriza el territorio como espacio de sentido y cultura. El carácter comunitario del acontecer reenvía, con independencia de que se prime el presente o los reenvíos al pasado, al espacio que deja de ser un factor complementario para convertirse en actor preeminente de ese acontecer social. La inclusión del territorio entre los atributos nucleares de la identidad comunitaria y la intención de leer este acontecer como constructor de identidad o puesta en juego de las relaciones entre Aragón y el Estado sitúan el espacio en el centro del análisis. Además, ese empeño por medir los efectos sociales de los discursos y de la resemantización que efectuaron las audiencias obligan a seguir donde se localizó inicialmente la movilización y como generalizó territorialmente.

2.2. Cuestiones metodológicas

Con frecuencia la investigación mediológica y de la cultura de masas ha fijado sus procedimientos analíticos y sus objetivos de conocimiento, cuando no su campo objeto de estudio, en función de razones ajenas al conocimiento científico: La orientación de la Mass Communication Research derivó de las instituciones sociales que financiaban esos estudios y, en sentido contrario, la Teoría Crítica pretendió trasladar al debate epistemológico el compromiso político de sus principales representantes (Wolf, 1991). Si aquella atendía a sus dependencias sociales cuando formulaba el análisis de contenido como forma de analizar el sentido de los mensajes (Saperas, 1985) o facilitaba las decisiones del sistema de poder norteamericano cuando medía los efectos a corto plazo mediante metodologías cuantitativas (Wolf, 1994), esta despreciaba las aplicaciones prácticas de su

investigación o la experimentación basada en datos que consideraban reductivos de la complejidad social y optaba, en cambio, por formalizaciones teóricas que le permitían insertar la política y la filosofía en el discurso científico (Jay, 1974). En ambos casos, las preguntas a responder, los aspectos de la realidad social que se debían investigar y los métodos a aplicar (Wolf, 1994) siguieron pautas exteriores al proceso científico.

Como la dominación no excluye sectores, y menos aún de la producción de conocimiento (Schíller, 1976; Hamelink, 1981), la hegemonía del modelo norteamericano de investigación social ha determinado no sólo la primacía de lo cuantitativo en el discurso científico sobre la cultura de masas, sino la eliminación de determinadas preguntas y enfoques (Lang y Lang, 1993) o la dificultad para adaptar la *survey* a la mutación cultural y social que están produciendo los nuevos medios (Wolf, 1994: 183) y a la necesidad de medir los aspectos acumulativos del efecto (Ibid, 167). De hecho, la obsesión de la Mass Communication Research por las técnicas de investigación ha llevado a que con frecuencia la reflexión sobre lo medial y lo masivo haya primado el *cómo* sobre los demás aspectos del procedimiento científico (Jensen/Jankowski [eds], 1993). Sin embargo, los Estudios culturales han hecho notar que "el método que se debería escoger cuando se está estudiando algún tema, incluyendo las noticias, depende de la pregunta que se quiere responder" (Tuchman, 1993: 99).

Esa experiencia aconseja adecuar las técnicas de observación y el tratamiento de datos a la naturaleza y definición de las cuestiones que se intentan comprender. Esa primacía de las preguntas se hace aún más evidente en el nuevo panorama mediológico, donde están cambiando los términos de las preguntas e, incluso, la concepción del campo teórico. De hecho, la apuesta por los efectos de tipo macrosocial exige, siguiendo a Wolf (1994: 167), descartar como únicos indicadores los referidos a comportamientos, costumbres y conocimientos, porque la definición de ese tipo de efecto va más allá de los discursos masivos y, por tanto, revaloriza las interacciones entre los discursos sociales, los contextos situacionales y su duración o los imaginarios culturales. Esta exigencia de una lectura más comprensiva y global del consumo demuestra hasta qué punto las técnicas de investigación y el marco teórico dependen de las preguntas que se intentan responder, pero no por ello conduce al olvido o menosprecio hacia las cuestiones metodológicas. Sin despreciar la capacidad de la Mass Communication para articular una estructura conceptual y teórica con un método sistemático, esta propuesta prima una comprensión holística de lo real y a ello condiciona las decisiones metodológicas a tomar.

Desde esos presupuestos la pretensión de analizar como si de un texto se tratara el proceso social generado por la reivindicación autonómica y el conflicto social derivado del acuerdo audiovisual acerca esta investigación a los métodos cualitativos y más interpretativos que descriptivos; e igualmente, aunque da primacía al conocimiento empático, excluye una visión empirista que olvide la elaboración de conceptos y teoría. La opción por comprender lo textual en permanente diálogo con lo social e histórico conduce a la superación de enfoques contenidistas (Van Dijk, 1993) o estructuralistas (Schmidt, 1978). Los titulares de los diarios aparecen así como visiones de participantes, pero también como propuestas textuales que sólo cobraron sentido social a partir de la situación de comunicación, del contexto social y del diálogo con el imaginario que activaban. Por ese camino se marcan distancias con los modelos cibernético informático (Moles, 1975; Escarpit, 1981) y funcionalistas (Jakobson, 1983), porque se descarta reducir el análisis a la comprensión del funcionamiento de una serie limitada de variables o circunscribir el conocimiento a los efectos cuantificados mediante sondeos de opinión. En cambio, al intentar hacer de la significación una forma de crítica social, se acerca a enfoques propios de la teoría crítica (Adorno, 1969, 1973; Therborn, 1972) o del análisis culturalista, ya sea este británico, francés o norteamericano (Wolf, 1994).

Desde perspectivas diversas los *Cultural Studies* británicos han analizado como textos las subculturas, preferentemente las sociales y urbanas. Para ello, según Cohen (en Grandi, 1995: 162-3), han distinguido tres niveles: El histórico se ha dirigido a aislar los problemas específicos; el estructural o semiótico se ha concentrado en sus aspectos rituales y estilo; el fenomenológico, por último, se ha dedicado a estudiar como viven esa subcultura sus miembros. Si se atiende a la primacía concedida a la descripción e interpretación de lo concreto o al conocimiento producido por la forma en que los participantes vivieron este acontecer, esta propuesta se sitúa más en línea con los niveles histórico y fenomenológico. Le afectan, por tanto, los reproches de sobrevalorar lo concreto en el análisis y la producción de conocimiento que se han hecho a los Estudios Culturales y, en consecuencia, comparte algunos de sus problemas. Con todo pretende que esa preeminencia de lo concreto no derive en etnografía de actividades particulares (Grandi, 1995: 161) y, por tanto, que no imposibilite una comprensión global; o que el protagonismo de las estrategias interpretativas del investigador no derive preguntas, respuestas y conclusiones que, como dice Grandi (Ibid, 177), sean construcciones del observador y no de los sujetos sociales analizados.